SEGUIR A JESÚS

El camino de la ética cristiana



Juan Pablo Lederach

SEGUIR A JESÚS

Esta publicación es una coedición de:

Comité Central Menonita de México, A. C.
Apartado Postal 6-77, Cuernavaca 62131 Morelos

Publicaciones El Faro S. A. de C. V.
Abasolo 93, Col. del Carmen
México 04100 D. F.

Centro de Comunicación Cultural CUPSA, A. C.
Héroes 83, Col. Guerrero
México 06300 D. F.

Editorial Kyrios
Apartado Postal 121-001, Col. Santo Domingo Coyoacán
México 04369 D. F.

SEGUIR A JESÚS

El camino de la ética cristiana

Juan Pablo Lederach

MEXICO
1993

1993 Primera edición.
Derechos registrados conforme a la ley.

ISBN 968-7197-46-3

Las citas bíblicas se han tomado de la *Nueva Biblia Española* (Madrid, Cristiandad, 1975), y de la versión hispana del *Nuevo Testamento*, traducida por Juan Mateos y L. Alonso Schökel y adaptada bajo la dirección de Virgilio P. Elizondo (Madrid, Cristiandad, 1975). Las referencias bíblicas se han citado con las abreviaturas generalmente aceptadas en todas las versiones.

Redacción, diseño y edición: Raúl Serradell

Impreso y hecho en México

Contenido

Prefacio

Muy a menudo el llamado a seguir a Jesús tiene, entre los cristianos de distintas iglesias, un significado exclusivamente evangelizador. Generalmente se trata de responder al evangelio, aceptando a Jesús como nuestro Salvador y Señor. Sin embargo, como afirma el autor a través de este valioso libro, seguir a Jesús implica mucho más. Significa caminar en la senda que Jesús nos legó y seguir su ejemplo en todas las áreas de nuestra vida. Es aquí donde las enseñanzas de Jesús sobre el amor, la justicia, el perdón, la paz, el poder, etc., se convierten en desafíos ineludibles para todos los que confiesan su nombre. Más aún cuando él mismo nos ha dado un ejemplo indiscutible del amor de Dios y pide que sus verdaderos discípulos hagan lo mismo. En palabras del autor:

"El Cordero, el débil, el Señor que sirve, el siervo que sufre, el que se despoja de su rango, el que depende de Dios, el que se pone del lado del pobre y del necesitado, el que toma la condición de esclavo, el que ama a sus enemigos, el que refleja el carácter de Dios y, por lo tanto, el crucificado: todo esto fue la calidad de vida y de fe que Jesús nos demostró. Esto es lo que Dios pide de los suyos. Es así como manifestamos esta realidad que no se ve, pero que, al fin y al cabo, es la verdadera. Porque el Cordero es quien da sentido a la historia. El Cordero es el Señor de la historia. Esta calidad de fe y esperanza que Jesús nos demostró es la que tiene que marcar la calidad de nuestra ética, nuestra forma de vivir y nuestra forma de relacionarnos. Esta calidad es la única que se conforma a la intención de Dios para su creación, pues expresa el carácter de Dios mismo. Se trata de la única manera que está acorde con la realidad verdadera de Jesucristo, Señor de la historia. Esta calidad nos lleva a enfrentarnos con la organización de este mundo, nos lleva a amar a nuestros enemigos, a bendecir a los que nos persiguen, a decir "no" al aprendizaje bélico de guerrear y matar, a sufrir con los que su-

fren, a desprendernos de nuestro poder, a abrir nuestras manos a los necesitados y a depender de Dios.

Esta calidad nos lleva a intuir cuál es la verdadera paz de Dios y dar testimonio de ella. Y lo hacemos no porque la ley lo dice, no porque practiquemos el Sermón del Monte en una forma literal. Nuestra noviolencia no es dogmática, ni legalista ni estática. Lo hacemos porque hemos experimentado en nuestras propias vidas la profundidad del amor de Dios y queremos compartir y participar en la continuación de su obra reconciliadora en el mundo. Lo hacemos porque nos ha dado un ejemplo perfecto, que es el de Jesucristo y le queremos seguir como fieles discípulos."

Este libro representa un verdadero desafío para todos los que han decidido seguir a Cristo. Pues ser discípulo de Jesús significa andar como él anduvo. Es decir, seguir a Aquel que nos ha puesto sus pisadas por camino para manifestar al mundo el reino de Dios, un reino donde el amor y la verdad, la justicia y la paz, tienen comunión plena (Salmo 85).

Los editores.

El acontecimiento Jesús

Y la Palabra se hizo hombre,
acampó entre nosotros y contemplamos su gloria:
gloria de Hijo único del Padre,
lleno de amor y fidelidad.

-(Jn. 1:14)

I

El ministerio de la reconciliación

En nuestros días existen pocas palabras que son tan usadas, y a la vez tan mal usadas, como la palabra paz. Paz es una palabra curiosa, pues tiene la poderosa e inherente calidad de servir como una especie de medio para conseguir un consenso, ya que es imposible estar en total desacuerdo o absolutamente en contra de la paz. Por eso, todos queremos la paz. Y cualquier cosa que se emprende, así sean nuevos programas políticos de cualquier tendencia, manifiestos de partidos, o incluso campañas publicitarias, reclama que está a favor de la paz y quiere alcanzarla. Aparentemente, la polémica no surge de un desacuerdo sobre la paz como ideal. No obstante, cuando intentamos traducir en acciones concretas el testimonio por la paz, como por ejemplo negarse a aprender a matar, entonces sí que aparece la polémica. Es decir, la polémica radica en la forma -el medio y no el fin- en que llevamos a la práctica este ideal. Así pues, constatamos que este asunto tiene que ver mayormente con nuestras acciones y con las decisiones que tomamos, por lo tanto, con nuestra ética. Cuando se trata de ética y formas de actuar, como por ejemplo, de optar por la noviolencia, el pacifismo, la objeción de conciencia, el servicio militar o participar en una guerra, es evidente que hay poco acuerdo entre los cristianos, y uno se pregunta ¿qué ha ocurrido con toda esa unidad acerca de la paz?

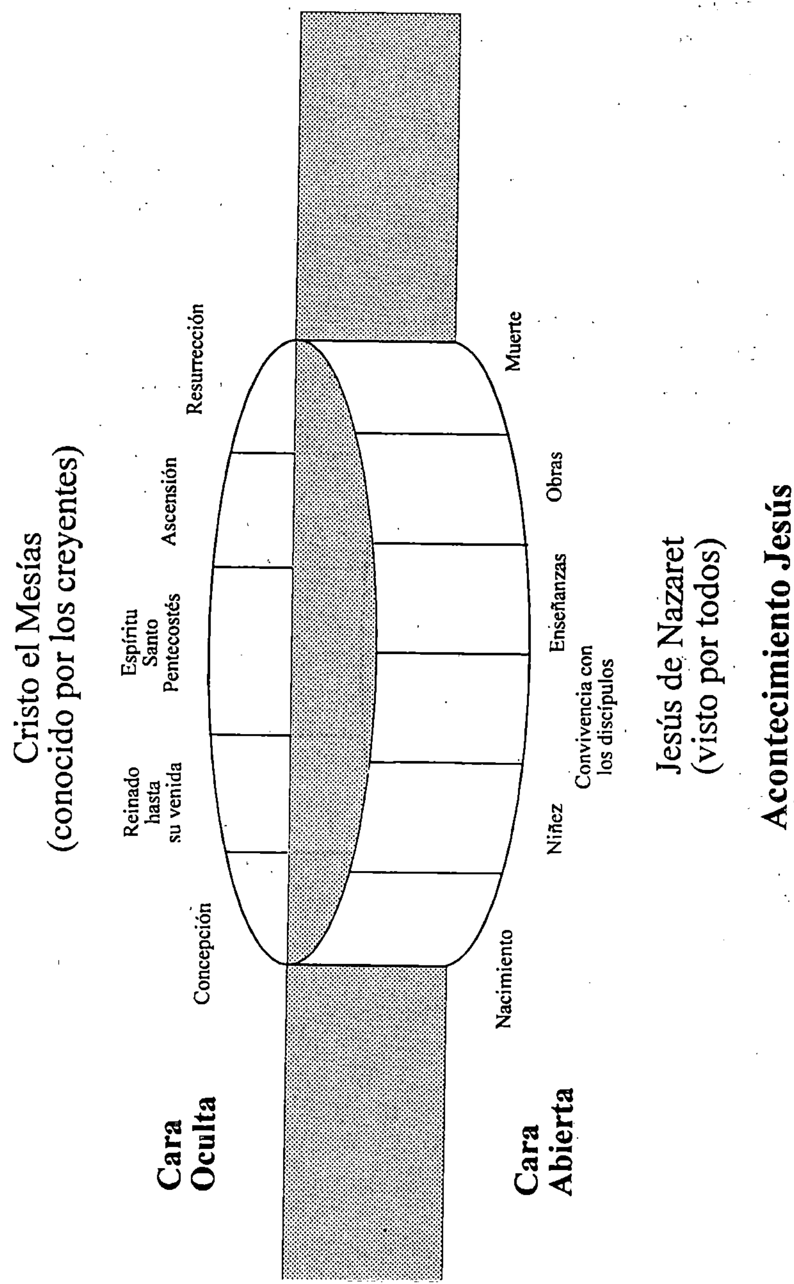
El hecho es que la iglesia cristiana, sobre todo a partir del emperador Constantino en el siglo IV de nuestra era, no ha dado por sentado que la postura y la ética noviolenta fuera lógica y coherente con la fe cristiana. Paradójicamente, a través de los siglos, los cristianos que han asumido una postura noviolenta siempre la han tenido que defender frente a sus hermanos y hermanas en la fe. Por ello, dada esta clase de polémica, hay que especificar la

forma de abordar el tema. Al hablar de cuestiones éticas, es decir, de saber cómo tenemos que actuar y en qué nos basamos para tomar decisiones, la forma de acercarnos a cualquiera de estos asuntos es sumamente importante. Pues está muy claro que la manera en que uno aborda el tema determina de antemano la conclusión que se obtiene. Cuando observamos el desarrollo de las diversas posiciones cristianas sobre temas éticos, inmediatamente notamos que los criterios normalmente se establecen sobre la base de una serie de "versiculazos". Es decir, en el fondo se trata de demostrar y probar que "yo tengo razón porque tal y tal versículo así lo dicen". Y cuando la pelota (o el versículo) está en el campo contrario vuelve a ocurrir lo mismo. A menudo, el debate desemboca en la radicalización de ambas posturas, al grado de que las dos salen convencidas de que tienen razón, habiendo expuesto y hablado, sin haber oído ni escuchado. Y peor aún, frecuentemente las posturas están tan radicalizadas y son tan doctrinarias que ni siquiera se reúnen para dialogar y tratar sus diferencias: unos adoctrinan a su gente por un lado y los otros por el suyo. No obstante, la realidad es doble. Primero, la Biblia está escrita de tal forma que se pueden encontrar versículos tanto para defender una posición como otra, si se trata de encontrar el medio de defender un fin ya determinado. En segundo lugar, los que eligen este acercamiento, el de los "versiculazos", acaban en un legalismo estático, estableciendo necesariamente una serie de leyes y reglas a seguir. Por lo tanto, su pacifismo o su rechazo del pacifismo son, o tienden a ser, legalistas. ¿Quiere decir esto que no hemos de estudiar la Biblia a fin de evitar este peligro? En absoluto. ¿Quiere decir que es mejor escoger una postura u otra, y estudiar la Biblia para comprobarla? Esta opción tampoco la creo acertada.

En esta serie de reflexiones nuestro primer punto de partida es la última y más clara palabra de Dios en la historia humana: "el acontecimiento Jesús". Para los cristianos, aquellos que confesamos entender algo del amor de Dios por medio de su Hijo -el amor de Dios encarnado-, la pauta a seguir es este Hijo, Jesús de Nazaret, el Mesías y el Señor. Esto quiere decir que desde el principio se descartan reglas, leyes y defensas dogmáticas con

versículos, porque se opta por otro enfoque: entender, asumir y poner en práctica lo que es la naturaleza y el espíritu de Jesús. Es una búsqueda que quiere entender la profundidad de la acción y del amor de Dios, por medio de su Hijo, para poder ser partícipes y orientar nuestras vidas y acciones en él. Lo que quiero decir con esto es que Jesús es el punto de partida, es la clave, al abordar cualquier interpretación bíblica. Por ello, al emprender el estudio de estos temas partimos de una visión "cristocéntrica". Pero, ¿qué quiere decir "cristocéntrico"? Es un buena pregunta porque, en el fondo, todas las tradiciones teológicas que se han producido en la historia cristiana confiesan lo mismo. Al igual que la paz, Cristo es central para todos. Pero el hecho es que aun así hay muchas diferencias en lo que cada tradición quiere decir cuando confiesa que "Cristo es central". Lo que pasa es que las palabras son las mismas en muchas de las tradiciones, pero cada tradición les da un sentido propio. Todos estamos de acuerdo en que Jesús es la clave, pero lo que nos diferencía mucho es "de que forma es la clave". La pregunta de fondo es entonces: ¿de qué manera Jesús es central? Aquí vemos las diferencias más claras. A menudo el "cristocentrismo" de las diferentes tradiciones teológicas se basa en un acercamiento doctrinal. Es decir, que "hacer central" a Jesús es concentrarse sobre ciertos aspectos del "acontecimiento Jesús". Quizá sirva de ayuda clarificar la idea del "acontecimiento Jesús". Frecuentemente, las diferentes doctrinas y tradiciones cristianas establecen una separación entre Jesús de Nazaret y Jesús el Señor. El término "acontecimiento Jesús" es un intento de combinar las dos formas de enfocar la persona de Jesús. El diagrama 1 puede orientarnos un poco para entender esta idea.

Diagrama 1



Este diagrama representa las dos caras de una moneda. En una aparece el ministerio abierto y público que Jesús de Nazaret llevó al cabo, ministerio que todos, desde los discípulos hasta el más descreído, podían comprobar. La otra cara presenta lo que los cristianos, aquellos que tienen fe en Jesucristo, entienden y confiesan creer. Por así decirlo, es el lado oculto para quienes no ven con los ojos de la fe. Curiosamente, según la mayoría de las doctrinas cristianas, lo importante empieza con la concepción; sigue hasta la muerte, y continúa, punto por punto, por la "cara oculta". Pero todo lo que Jesús de Nazaret hizo y enseñó queda fuera de la doctrina, es decir que prácticamente la parte "encarnacional" no entra en la confesión, y, por lo tanto, el resultado es una "encarnación que se hace palabra y se confiesa". Lo que estoy intentando sugerir es que un cristocentrismo que deja un aspecto u otro es un cristocentrismo a medias. Cuando digo "acontecimiento Jesús" me refiero a toda la "moneda", incluyendo ambas caras, algo que me parece que apunta a un cristocentrismo que combina Jesús de Nazaret con Jesucristo, por ello, la persona de Jesús de Nazaret, su forma de vivir, su trabajo y sus enseñanzas son claves.

En resumen, en estos estudios partimos del cristocentrismo que confiesa que Jesús es central cuando nos revela la naturaleza de Dios por medio de su vida y forma de actuar. Es central cuando nos revela cuál es la verdadera naturaleza humana según la intención original de Dios, indicándonos así cómo tenemos que ser, vivir y actuar. Es central cuando nos provee la clave para entender cómo Dios actúa en la historia. Es central cuando comprendemos el "acontecimiento Jesús" en su totalidad y, por medio de él, empezamos a entender algo del amor de Dios. Finalmente, es central cuando es reconocido como la cabeza de la Iglesia, como la fuente del Espíritu y como el Señor de la historia. De ahí que miremos a Jesús para entender quién es Dios, cuál es su naturaleza, quiénes somos nosotros, cuál es y tendría que ser la verdadera naturaleza humana. En este sentido, "cristocéntrico" supone combinar a Jesús de Nazaret con Jesucristo. El es central por ser quien es, por su vida, por sus actuaciones, por sus enseñanzas y por todo lo que llevó al cabo.

Y ahora, ¿por dónde empezamos? En mi opinión, en esta serie de temas éticos, el punto clave es el amor. Me parece que para entender la naturaleza del amor de Dios debemos situarlo en el contexto apropiado, es decir, en el contexto de la historia humana, ya que Dios ha elegido actuar en nuestra historia y no fuera de ella. Por lo tanto, el amor de Dios se tiene que entender como una actuación, en nuestro contexto histórico, que manifiesta un significado espiritual, sociopolítico y ético, porque, nos guste o no, toda actuación en la historia humana manifiesta tales significados. Por ello, no tenemos ningún derecho a colocar el amor de Dios (que es divino) fuera de nuestro contexto espiritual, sociopolítico y ético, ya que Dios lo ha colocado ahí a propósito. Una de las formas más directas de abordar la comprensión del amor de Dios es reconstruir lo más fundamental de este suceso, prestando especial atención a los aspectos éticos y sociopolíticos que surgen de la forma en que Dios ha escogido actuar en nuestra historia. Empecemos nuestra reconstrucción con uno de los pasajes más conocidos del evangelio de Juan:

> Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por él se salve.
>
> -(Jn. 3:16-17)

La primera pregunta que se me ocurre en cuanto a este pasaje es: ¿por qué Dios tenía que hacer eso? Y se puede confirmar que toda la historia bíblica apunta a una respuesta clara: "porque la creación, y sobre todo la humanidad, estaba lejos de Dios; ya no seguía lo que Dios quería". Desde Génesis hasta Apocalipsis vemos que en la historia humana reina y domina la violencia, la injusticia, la explotación, el engaño, la infidelidad, o sea lo que los escritores bíblicos llaman pecado, y lo que los teólogos denominan "la condición caída del Hombre". Todo evidencía que la humanidad siempre ha hecho precisamente lo contrario de la intención de Dios. Así pues, constatamos que en la historia del pueblo de Dios, la humanidad, en vez de ser amiga, compañera y

asociada de Dios, se hizo su enemiga. Sí, se trata de enemigos. Por ello, la acción de Dios enviando a su hijo tiene un objetivo muy claro: la reconciliación. Dios quiere reconciliarse con su creación, por eso envió a Jesús. Dios quiere reconciliarse con sus enemigos. He aquí la primera indicación de la naturaleza del amor de Dios y una expresión muy clara de una ética sociopolítica: a pesar de todo, Dios está dispuesto y quiere reconciliarse con sus enemigos. ¿No es así como Pablo lo expresa?

> Porque si, cuando éramos enemigos,
> la muerte de su Hijo nos reconcilió con Dios,
> mucho más, una vez reconciliados, nos salvará su vida.
>
> -(Ro. 5:10)

Una vez contestada la primera pregunta es preciso pasar a una segunda: ¿de qué manera realizó Dios esta reconciliación? Esta pregunta quiere decir, en el fondo: ¿de qué forma trató Dios a sus enemigos? Todos lo sabemos: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros". Se trata precisamente del "acontecimiento Jesús".

Este acontecimiento nos remite a la pregunta clave: ¿qué podemos aprender de la naturaleza del amor de Dios al estudiar la forma en que escogió actuar en la historia humana? Y ¿qué ética inherente surge de esta forma de actuar, es decir, de este tipo y calidad de amor? Primero, algo que ya comentamos, Dios escogió actuar dentro de la historia humana pero, contra toda lógica, no se impuso como un Dios que viene para arreglar y limpiar su sucia y despistada creación, sino que se hizo hombre, humillándose hasta llegar a nuestro contexto, y, dentro de este contexto, no escogió actuar desde una posición "eficaz" de poder -como los reyes, gobernantes o militares-, sino desde una posición impotente, es decir, sin poder: la de un obrero común, un carpintero que se convirtió en maestro itinerante. Es muy significativo, desde una perspectiva ética y sociopolítica, que Dios no escogiera actuar "desde arriba", ni desde una posición divina (fuera del contexto humano), mucho menos empleando el poder y la eficacia (dentro del contexto humano). Dios eligió actuar desde abajo.

Esto significa, en términos practicos, que Dios no actuó con una actitud de imposición, sino de convivencia y deseosa de compartir. Su ética, concretamente, no trata de imponer su voluntad desde arriba, ni pretende ser eficaz a cualquier costo, más bien busca convivir desde abajo. En segundo lugar, al elegir actuar desde abajo, Dios, por medio de Jesús, se ve colocado en una posición débil e inerme. "No imponerse" significa en realidad, existencialmente, que la actuación de Dios depende totalmente de la libre aceptación de sus propósitos por parte de la humanidad. Aceptar los propósitos de Dios (y aceptar a Jesús) dependía, y depende, no de una imposición de Dios (aunque el sabe que sus propósitos son justos y los mejores que la humanidad puede seguir), sino de la libre elección, por parte de las personas, de seguir estos propósitos. He aquí otra faceta de la misma ética: Dios escogió presentar sus propósitos desde abajo, socialmente hablando, desde una postura impotente, una elección que significa que ha escogido no imponer sus propósitos. El profeta Isaías, en sus cantos del Siervo de Jehová, describe precisamente esta forma de actuar:

> No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
> La caña cascada no la quebrará.
> El pábilo vacilante no lo apagará.
> Por medio de la verdad traerá justicia.
>
> -(Is. 42:2-3)

> El Señor me abrió el oído; Yo no me resistí ni me eché atrás;
> ofrecí la espalda a los que apaleaban,
> las mejillas a los que mesaban mi barba,
> no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.
>
> -(Is. 50:5-7)

> ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores, nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado ...
>
> Maltratado, se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia se lo llevaron.
>
> -(Is. 53:1-8)

En estos cánticos podemos reconocer que Jesús es el Siervo de Jehová. Asímismo reconocemos justamente lo que deciamos antes: Dios escogió actuar desde abajo, no con la posición de un león, sino con la del cordero. Ahora situemos bien el hecho. Normalmente, un señor, un dueño, un amo, un capitán o un ejecutivo tiene muy bien estructurada su forma de actuar. El manda, los demás sirven. El decide, los demás lo llevan al cabo. El impone, los demás aceptan. El está arriba, los demás abajo. Pero con Jesús tenemos el mundo de la ética al revés. No manda, no impone y no está arriba. Es, curiosamente, un Señor que sirve, y no solamente esto, sino que la calidad de Jesús es la de un siervo que sufre. Uno de los himnos más importantes entre los primeros cristianos, que Pablo nos cita en Filipenses 2, recoge precisamente esta misma idea: Jesús, a pesar de ser divino, se despoja de su rango y toma la condición de un siervo. De aquí se desprende no solamente una forma de actuar, sino toda una ética sociopolítica. Concretamente, todo el "acontecimiento Jesús" nos enseña mucho acerca de la naturaleza del amor de Dios. No se impone, sino que se despoja, "haciéndose uno de tantos"; no exige servicio y excesivo rendimiento, ni reclama sus derechos, sino que se entrega como un siervo y da lo mejor que tiene. Por así decirlo, su amor es de una calidad sacrificial, sufriente y servicial, que desde la perspectiva humana parece impotente e ineficaz. De hecho, Dios, al presentarse como un simple hombre, acaba muriendo en una cruz.

Finalmente nos queda una faceta importante por tocar. ¿Hacia quién fue dirigido este amor de Dios? El testimonio bíblico no deja lugar a dudas, el amor de Dios se dirigió a sus enemigos. No

nos engañemos. Se trata de enemigos. Dios envió a su único hijo para reconciliarse con sus enemigos. El amor de Dios se distingue sobre todo por esta calidad: es un amor que se ofrece, entrega y realiza, para con los enemigos.

Como conclusión, podemos afirmar que el "acontecimiento Jesús", la última y más importante actuación concreta de Dios en la historia humana, nos enseña mucho acerca de la naturaleza del amor de Dios, mostrándonos una ética ineludible que concretamos en tres pautas. Primero, Dios escogió actuar desde abajo, desde una posición débil, impotente e ineficaz, como un hombre simple, como un señor que sirve y como un siervo que sufre. Por lo tanto, no se trata de una imposición de sus propósitos, sino de una convivencia genuina y de la libre aceptación de su voluntad. Además, la calidad sacrificial, sufriente y servicial del amor de Dios encarnado en Jesús nos revela una profunda actitud de entrega incondicional. Por último, todo el acontecimiento apunta a que Dios quiere reconciliarse con sus enemigos. No hace todo esto por sus amigos sino que la calidad del amor de Dios es de un tipo que se dirige en entrega, por naturaleza, a sus enemigos. Calidad que marca una clara ética sociopolítica: la convivencia humana basada en la reconciliación y no en la eliminación.

II

La ética de la obediencia

En el primer capítulo hemos visto que podemos sacar una lección muy clara de la naturaleza del amor de Dios. Al enviar a su Hijo, Dios actuó dentro de la historia humana de una forma muy concreta, tanto espiritual como ética, para reconciliarse con sus enemigos. Ahora bien, observemos más detalladamente la vida, las enseñanzas y la actuación de Jesús. ¿Cuál fue el criterio que siguió Jesús en su actuación y sus enseñanzas? ¿Según qué orden de valores? Estas preguntas señalan de hecho que Jesús actuó, enseñó y vivió alrededor de algo específico, y este "algo" orientó todo lo que hizo. Cuando leemos los evangelios, observamos que Jesús actuaba de una forma muy especial, que difícilmente podría ser enmarcada en los esquemas conocidos por la sociedad de su tiempo, y aun del nuestro. Al estudiar la vida de Jesús, lo primero que notamos es que es un "rompeesquemas" de primera clase. Dondequiera que iba, sorprendía a la gente, tanto a judíos como a gentiles. Por ejemplo, cuando atraviesa Samaria, deja perpleja a una mujer, porque él, siendo judío, le habla y le pide agua. Siempre está comiendo con gente de mala fama, con recaudadores, descreídos y prostitutas. Come sin lavarse según las leyes farisaicas. Cura en sábado. Echa a los mercaderes del templo. No se defiende frente a las autoridades políticas y religiosas ... Casi se puede probar que pasaron muy pocos días en que Jesús no hiciera algo que no extrañara, sorprendiera o rompiera el esquema establecido de alguien o de algún grupo, así fuera ético, social, político o religioso. ¿Cómo sabía qué decisiones tomar? ¿bajo qué criterio? Quizá podemos apreciarlo más clararamente enfocando la cuestión con la pregunta de forma negativa: ¿según qué no actuaba?, entonces aparecen varias posibilidades, diversas opciones éticas con las que Jesús tenía contacto y que podemos estudiar.

La primera y más lógica sería concluir que Jesús habría actuado según la ley mosaica, y en gran medida sabemos que es verdad. Pe-

ro hay algo más, a lo que Jesús mismo aludía cuando decía que no había venido para romper con la ley, sino para darle cumplimiento. En el tiempo de Jesús había entre los judíos un partido que presumía cumplir y desarrollar la ley. Eran los fariseos, quienes tenían una gran preocupación por mantenerse puros y justificados frente a la ley de Dios. Fijaban reglas, muchas reglas, y consideraban que cumpliéndolas podían vivir en pureza incluso dentro de una sociedad impura. Evidentemente, acabaron siendo muy legalistas, con una neutralidad cuestionable frente a los romanos. Jesús no cabía aquí: rompió el esquema de leyes porque no era legalista, sobre todo en el sentido farisaico, ni neutral. Casi todos los ejemplos anteriores tienen que ver con el hecho de que Jesús, de una manera u otra, quebrantó una ley. Incluso él mismo lo dijo muy claramente en cierta ocasión, cuando los fariseos le preguntaron por qué no seguía la tradición de los mayores les contestó con las palabras de Isaías:

> Este pueblo me honra con los labios,
> pero su corazón está lejos de mí.
> El culto que me dan es inútil,
> porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos.
> -(Mr. 7:7)

Así pues, podemos confirmar que Jesús rompe con los esquemas éticos legalistas. Por otra parte, Jesús está lejos de ser neutral en su actuación. Aunque reconozco que la cuestión de la neutralidad es un asunto polémico, no obstante, afirmo que Jesús no fue neutral, e incluso que no es posible tal cosa. Puede que uno se calle, que uno se "margine" de la sociedad, que uno se evada de la misma o que no se meta en asuntos sociopolíticos. Pero, en primer término, no veo que ésta fuera la actitud de Jesús y, en segundo lugar, esta actitud no es neutral. El hecho es que la dinámica de hacer las cosas que acabo de mencionar respalda claramente a una determinada parte de la sociedad: apoya a los que tienen el poder, y ayuda a mantener el orden establecido tal como es. Es imposible ser neutral ética y políticamente hablando, porque no hacer nada y no decir nada -es decir, intentar no identificarse con ningún lado- significa apoyar claramente a los que están arriba. Y todos sabemos que Jesús se movía mucho en la sociedad, trató con todo tipo de gente y proclamó sermones muy fuertes, como el Sermón del Monte, en que claramente tomó posturas en favor de los que sufrían y estaban explotados. De ninguna forma fue neutral; para llevar a cabo su ministerio le fue imposible serlo. Por ello notamos frecuentemente que Jesús se mete con los fariseos, con su legalismo y su búsqueda de neutralidad, porque él no actuaba según una ética legalista ni neutral.

Otra posibilidad habría sido la "ética de acomodación", que practicaban los saduceos. Su actuación se desarrollaba en función de lo que, a corto plazo, podía reportarles provecho de la manera menos costosa posible. Es decir, que se acomodaron a un mal para conseguir un bien. En última instancia, nos dirían: "tenemos que ser realistas y adaptarnos a la situación para beneficiarnos de ella". En su caso, fue una actuación que se basó en colaborar con los romanos para obtener el mayor bien posible para el pueblo judío por un lado, y no tener que perder su "status" económico y sociopolítico por otro. Es significativo que, debido a su forma de actuar, salvaron, de hecho, el templo, las prácticas religiosas judías y algunos derechos de sus compatriotas bajo los romanos. Probablemente ésta sea la ética con la que están más acordes la mayoría de los cristianos. ¡Pensémoslo un poco! La ética de los fariseos fue una postura costosa, aunque legalista, en el sentido de que no era fácil cumplir las reglas, sobre todo cuando suponían destacarse y diferenciarse de la sociedad en general. Representó un esfuerzo total para rechazar el conformismo, siguiendo reglas muy estrictas. En cambio, los saduceos escogieron el camino más fácil: acomodarse. Por así decirlo, es el camino absolutamente opuesto a Jesús, porque no rompe con ningún esquema establecido, más bien lo defiende y mantiene con su actitud. En última instancia, significa permitir que el orden establecido oriente y defina nuestra actuación a tal grado que los valores del *statu quo* se conviertan en la norma de nuestra conducta. Podemos afirmar que Jesús rechazó totalmente esta ética, e incluso es significativo que los romanos lo ejecutaron por moti-

vos políticos, lo que subraya claramente que Jesús no se acomodó en ningún sentido.

Esta "ética de acomodación" puede denominarse conservadora, en el sentido de que se define y desarrolla en función del orden establecido. Sin embargo, Jesús tuvo que enfrentarse también con la opción opuesta: "la ética revolucionaria" del partido zelote. Se trataba de un movimiento político y religioso nacionalista que luchaba por la liberación del pueblo judío a través de la revolución armada. Los zelotes esperaban la intervención de Dios a su favor, justamente porque, por sus propios medios e iniciativa, habían empezado la lucha de Dios, que Dios mismo habría de acabar. Bajo la opresión del imperialismo extranjero de los romanos, la ética de los zelotes se diferencía claramente de los saduceos y los fariseos. Nunca se acomodaría ni colaboraría con el sistema, pero su oposición a la ocupación romana tampoco se basaría en una separación religiosa estricta. Su denuncia contra los opresores es activa, abierta y violenta, denuncia que se realiza matando a los representantes de la opresión y a sus colaboradores. Los zelotes proponían un cambio radical de tipo sociopolítico y religioso; un programa de justicia social que, podríamos decir, no es cualitativamente diferente del "programa social" explicitado por Jesús en el Sermón del Monte. Probablemente Jesús se sentía más próximo a los zelotes en muchos aspectos (es posible que varios discípulos provenían de ese partido, además de que existieron semejanzas claras entre el enfoque de Jesús y los zelotes: se habla de cambios sociales radicales, del reino de Dios, de justicia y de transformaciones económicas) y seguramente apreciaba su compromiso y disposición a arriesgar su vida. Sin embargo, dejó muy clara su posición y rechazó el método violento de los zelotes. Una y otra vez, Jesús habla de no traer su reino por medio de la espada, algo que les fue difícil de entender a los discípulos.

Finalmente habría otras posibilidades ante Jesús. La ética de salir de la sociedad para mantenerse puro, como hicieron los esenios. O incluso la ética del poder e imposición desde arriba, que fue la forma en que el imperio romano mantuvo su dominio. Pero si algo nos enseña la vida y actuación de Jesús, es precisamente que no encaja en ninguna de estas "éticas". Volvemos a nuestra pregunta inicial ¿con qué criterios Jesús actuaba y enseñaba? Me parece que tenemos que hablar de un concepto problemático para hallar la pista: la obediencia.

Obediencia es un concepto que viene a ser muy estático para unos y muy problemático para otros. Otra vez tenemos una palabra que cada uno entiende de manera distinta. Curiosamente, es una palabra muy "militarizada". Obedecer quiere decir cumplir. Cumplir con ordenes, con leyes, con exigencias. Cumplir sin pensar ni reflexionar. Por eso, es una palabra que va muy de acuerdo con la mentalidad y el lenguaje militar. ¡Cumpla y no discuta! Muchos jóvenes enfrentados con el servicio militar llegan a cuestionar el concepto de obediencia por este mismo motivo, y con razón. Desde luego, para ellos la palabra obedecer es problemática.

Desde otra perspectiva, que incumbe a muchos cristianos, obediencia es un concepto algo estático, doctrinal. También significa cumplir, pero cumplir con otro sentido. Obediencia es una actitud ética y personal que se sitúa -y enfatiza- mayormente en una afirmación doctrinal. Es una ética que existe en función de la doctrina, que se reconoce por la afirmación verbal, y por eso tiende a ser una ética estática. Todo está ya decidido. Todo está definido. Sólo resta la afirmación verbal y el cumplimiento de las normas y reglas que dispone la doctrina. No se trata de un proceso de discernimiento dinámico, a menudo, igual que los jóvenes reclutas en el ejército, uno tiene muy poco que ver con su propia toma de decisiones. Uno se preocupa por el cumplimiento de las decisiones, pero el proceso ético que lleva a las decisiones no le incumbe, por eso es algo estático y legalista.

Quiero sugerir otra forma de abordar y entender la obediencia. Me parece que fallamos cuando situamos el concepto de obediencia en el terreno de cumplir, sea en el sentido militar jerárquico, o sea en el sentido estático. Sugiero que obediencia no es cumplir sin reflexionar, ni guardar verbalmente una serie de normas o doctrinas; significa, más bien, reflejar la naturaleza y calidad del amor de Dios. Esencialmente, la obediencia sigue la intención

primordial de Dios: que seamos colaboradores con El en su labor redentora. Jesús mismo da esta pista cuando deja su nuevo mandamiento: "Igual que mi Padre me amó, los he amado y quiero que se amen los unos a los otros como yo los he amado". En este sentido el concepto de obediencia adquiere profundidad y dinamismo, y me parece que con esta pista se puede entender y situar la actuación y forma de vivir de Jesús, precisamente porque señala la fuente, y a la vez al sujeto, de toda la creación: Dios, su naturaleza y su labor redentora. Sugiero que, por el momento, tomemos este enfoque como base para entender la obediencia y la actuación de Jesús. Examinemos entonces algunas de sus enseñanzas y de las actuaciones que tuvo con la gente en situaciones muy diversas. En principio debemos recordar que la naturaleza del amor de Dios es de una calidad sacrificial, sufriente y servicial, que no se impone sino que convive y que, sobre todo, va dirigida hacia los enemigos. También debemos recordar que Jesús es central porque por medio de su vida podemos entender mejor la naturaleza del amor de Dios y su intención para toda la humanidad.

Empecemos con algunas de las enseñanzas más radicales, incluidas en su Sermón del Monte. En el capítulo 5 de Mateo hay una serie de enseñanzas que tratan profundamente la cuestión de la violencia en varios niveles. Jesús, interesantemente, retoma la ley que viene de los antiguos: "no matarás, no cometerás adulterio, no jurarás en falso, ojo por ojo, diente por diente, amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo", pero le da una nueva interpretación e incluso va más allá de la ley. A menudo estas enseñanzas se enfocan como un cumplimiento lógico y radical de la ley. Es decir, que Jesús va radicalmente al espíritu y al grano mismo de la intención de la ley y le da su cumplimiento. Sin embargo, Jesús no actúa aquí en función de la ley como institución, sino que obra y enseña de acuerdo con la naturaleza del amor de Dios. Por ejemplo, cuando Jesús dice: "amen a sus enemigos y oren por los que los persiguen", vemos que esta enseñanza está en total acuerdo con las características del amor de Dios; Dios envió a Jesús para reconciliarse con sus enemigos y aquí Jesús habla de la ética de amar a los enemigos. En la última cena, según el evan-

gelio de Juan, Jesús dijo: "Igual que mi Padre me amó, los he amado", Jesús entendía perfectamente lo que era el amor de Dios, por ello compartió a su vez esta misma calidad de amor con sus discípulos. Por lo tanto, vemos claramente que la enseñanza de Jesús sobre el amor para con los enemigos surge de su estrecha comunión con Dios y de su perfecta comprensión de la naturaleza y la acción de Dios. Así pues, el significado de "amen a sus enemigos" en el fondo refleja la esencia misma del amor de Dios. Este amor se dirige y entrega en favor de los enemigos. No se destaca por lo que Dios ha hecho para con sus amigos, ¡sino por la forma en que ha actuado con respecto a sus enemigos!

También se puede entender mejor la actuación de Jesús en las ocasiones en que rompe con las normas y prácticas establecidas. En aquel tiempo, los escribas y fariseos a menudo se quedaron perplejos al ver la manera en que Jesús trataba a la gente de diferentes clases sociales. Por ejemplo, en el evangelio de Lucas, cuando Jesús inicia su ministerio público, hay una serie de incidentes que tienen que ver sobre todo con su encuentro con personas muy diversas, o actuaciones suyas que representan una confrontación con la práctica religiosa de los fariseos. El primero es cuando Jesús lee el pasaje de Isaías y lo hace suyo; es como el anuncio de la razón de su ministerio:

> El Espíritu del Señor está sobre mí,
> porque él me ha ungido
> para que dé la buena noticia a los pobres.
> Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos,
> y la vista a los ciegos,
> para poner en libertad a los oprimidos,
> para proclamar el año de gracia del Señor.
>
> -(Lc. 4:18-19)

Inmediatamente, Jesús comienza a realizarlo, pero lo curioso es que eso representa un reto muy claro a las estructuras sociopolíticas y sociorreligiosas establecidas. Llama, por ejemplo, a Leví, un recaudador de impuestos, alguien que fue un enemigo

del pueblo judío por su colaboración con los romanos; alguien con quien ningún fariseo tendría contacto, porque significaría contaminarse con un pecador. Por eso mismo, no podían entender, ni creer, la acción de Jesús al comer con él. Preguntaron; "¿se puede saber por qué coméis y bebéis con recaudadores y descreídos?". Jesús contesta que él había venido justamente para ellos, es decir que el mensaje de reconciliación se ofrece a los enemigos y pecadores. Poco después, los discípulos y Jesús arrancaban espigas y las comían en sábado -un pecado según las leyes farisaicas. Jesús contesta a los fariseos: "el hombre es señor del sábado". Podríamos seguir citando, ejemplo tras ejemplo, acciones de Jesús que rompen claramente los esquemas religiosos institucionalizados. Sin embargo, lo que cabe destacar es que, para Jesús, la humanidad y sus necesidades primarias están por encima de la ley o de la doctrina. Y en este sentido, la actuación de Jesús no se da en función de la doctrina religiosa institucionalizada, sino en base del motivo por el cual Dios le había enviado: para anunciar la reconciliación de la humanidad con Dios. Jesús actúa precisamente en función de la característica más fundamental del amor de Dios: un amor reconciliador. Lo que Jesús empieza a hacer en estos ejemplos es traducir en términos concretos de la convivencia humana lo que significa este tipo de amor. Desde luego, se identifica con las personas que están marginadas en la sociedad: los pobres, los ciegos, los cautivos, los recaudadores, los enfermos, las viudas, los samaritanos... la lista es interminable. Es claro que la reconciliación que Dios nos presenta, la forma de ofrecerla, no son muy comunes. Normalmente, cuando se trata de una reconciliación a nivel social, se piensa primero en ofrecerla a aquellos que tienen poder o influencia en la sociedad. La idea seguramente es que si se puede alcanzar o convencer a los que están "arriba", como consecuencia, poco a poco, el resto de la sociedad (los que están "abajo") les seguirán. Pero Jesús está completamente en otra onda de pensamiento y acción, porque la naturaleza de su reconciliación es completamente distinta. No se trata de una reconciliación realizada y ofrecida desde arriba, primero para con los líderes, políticos o religiosos, a fin de que luego se vaya filtrando eficazmente (o por la fuerza) hacia

abajo; se trata de una reconciliación que se ofrece a toda persona de igual forma, pese a su posición económica, social o religiosa. Hablando en términos sociopolíticos y éticos, se ha de reconocer que Jesús no está dispuesto a realizar la reconciliación a cambio de pactar y tratar con las instituciones de poder, sino que, por el contrario, anuncia la reconciliación por medio de la convivencia con cualquier persona, valorando más su humanidad, sus necesidades concretas, que su estado social, aun cuando esta convivencia rompa con las doctrinas y leyes establecidas. Así pues, encontramos más pistas acerca de la calidad del amor de Dios: el hombre es señor del sábado, la persona es más importante que la doctrina, la ley o la institución, y la reconciliación es para todos.

Tomemos otro relato muy problemático para muchos: el de los mercaderes del templo. Este es a menudo uno de los "versiculazos" en la discusión polémica entre los pacifistas y los no pacifistas. "¿Cómo es que Jesús, un noviolento, manifestó semejante ira cuando echó a los mercaderes?". A veces, en una lógica casi imposible de seguir, los partidarios de la participación cristiana en la guerra, citan el látigo de cuerdas como una aprobación de la violencia, y, dado que la guerra es una forma de violencia, Jesús, de hecho, aprobó entonces la guerra y la participación cristiana en ella. Como el propósito de estos escritos no es una contestación, punto por punto, a las posturas no pacifistas, prefiero no entrar en una refutación detallada, sino enfocar este suceso más globalmente e intentar ver cuál fue la intención de Jesús en su actuación y el por qué de su reacción. Recordemos que tampoco tenemos por que meter a Jesús en un esquema pacifista legalista. En principio, es curioso que los no pacifistas normalmente utilicen este incidente del templo para justificar una participación defensiva en una guerra, pero lo cierto es que Jesús aquí no actúa en absoluto a la defensiva: no se trataba de defensa personal, sino de una agresión motivada por la indignación. En segundo lugar, el incidente tuvo lugar en el patio de los gentiles, donde se hallaban los puestos de los comerciantes. Resulta que los gentiles sólo podían estar en una zona determinada del templo, y ésta se encontraba llena de comerciantes. En el evangelio

de Marcos notamos que Jesús se basó en las palabras de Isaías y Jeremías cuando llevó a cabo esta acción. Concretamente, Marcos subraya que la casa del Señor será "oración para todos los pueblos", lo que señala que Jesús reaccionó contra el abuso de las prácticas del templo que incluso hacían discriminación entre la gente. Además, el comercio especificado en Marcos por la venta de las palomas estaba orientado hacia los peregrinos, principalmente pobres que venían de fuera y de muy lejos a dar culto. Para ofrecer un sacrificio hacía falta, según todas las leyes del templo, una paloma limpia y pura, no cualquier paloma, las más recomendables eran precisamente las que se vendían en el patio de los gentiles. William Barclay, en su comentario al evangelio de Marcos, resalta que: "se trataba de una flagrante imposición y lo que empeoraba las cosas era que este negocio de comprar y vender palomas pertenecía a la familia de Anás, quien había sido Sumo Sacerdote. Todos los judíos estaban al corriente de este abuso. El Talmud dice que el rabí Simón ben Gamaliel, al oír que un par de palomas costaba una moneda de oro en el templo, insistió en que se redujera el precio a una moneda de plata. Lo que provocó la ira de Jesús fue el hecho de que los pobres peregrinos eran desplumados, esquilmados y oprimidos".[1] La explicación de Jesús retoma las palabras de Jeremías en este sentido -se trata, más que otra cosa, del tema del culto y su verdadero significado. Pero lo realmente interesante es cómo el verdadero culto no se puede separar de la ética y de la vida. Examinemos las palabras de Jeremías, por medio de las cuales Jesús sitúa su actuación:

> No os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:
> "el Templo del Señor, el Templo del Señor,
> el Templo del Señor".
> Si enmendáis vuestra conducta y vuestras acciones,
> si juzgáis rectamente los pleitos,
> si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
> si no derramáis sangre inocente en este lugar,
> si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,
> entonces habitaré con vosotros en este lugar,
> en la tierra que dí a vuestros padres,
> desde antiguo y para siempre.
> Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:
> ¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,
> juráis en falso, quemáis incienso a Baal,
> seguís a dioses extranjeros y desconocidos,
> y después entráis a presentaros ante mí,
> en este Templo que lleva mi nombre,
> y decís: "estamos salvados",
> para seguir cometiendo tales abominaciones?
> ¿Creéis que es una cueva de bandidos
> este Templo que lleva mi nombre?.
>
> -(Jer. 7:3-11)

Jesús, al decir "habéis convertido el templo en una cueva de bandidos", sitúa su acción en un contexto profético muy concreto en la línea de Isaías y Jeremías. La exhibición de agresión, el echar a los mercaderes del templo, demuestra que Jesús no puede pasar por alto injusticias tan enormes (realizadas, sobre todo, en el nombre de Dios). En esta línea profética debemos darnos cuenta de que la agresión va en contra de la explotación y la injusticia. Es importante destacar que la ira y la agresividad de Jesús van en contra de los símbolos de la mala actuación y la violencia de los hombres, y no en contra de su persona; es decir, en contra del comercio y los símbolos del mismo -las mesas, los animales, etc. Jesús señala entonces, como los profetas hicieron también, que no hay culto verdadero sin conducta y acciones enmendadas y orientadas según la voluntad de Dios. En última instancia, Jesús viene a decir que dar culto y obedecer a Dios no es cumplir con prácticas rituales externas, doctrinas y funciones religiosas: es empezar a cambiar de conducta y de acción conforme a la naturaleza del amor de Dios. Al echar a los mercaderes, al volcar las mesas de los cambistas, Jesús llevó a cabo una acción profética que refleja justamente esto: que el amor de Dios no soporta la falsedad, ni la injusticia, ni la explotación de los pobres. Esta acción demuestra precisamente el carácter dinámico de la obediencia como reflejo del amor de Dios. Es una forma de

actuar, una ética, que se orienta no alrededor de un pacifismo legalista, ni de una pasividad cobarde, ni aun de una neutralidad acomodaticia. Este amor es de una calidad que se enfrenta y se opone decididamente a las injusticias, falsedades, blasfemias y explotaciones.

Me gustaría mostrar un ejemplo más, que me parece muy indicativo y simbólico de otra faceta importante en el entendimiento de la actuación de Jesús: el lavado de los pies a los discípulos. Sabemos que lo que Jesús hizo fue una de las obligaciones de los siervos y esclavos en aquel tiempo, y también sabemos que los pies en aquella cultura se consideraban de las cosas más sucias y degradantes del cuerpo humano. Un hombre jamás pensaría rebajarse a lavar los pies de otro, a menos de que fuera una obligación. Pero Jesús lo hace con sus discípulos, de ahí la reacción de Pedro. Sin embargo, la clave del lavado de los pies está realmente en la explicación de Jesús sobre su acción. "¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros, porque les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho". Una vez más, queda muy clara la ética que Jesús está señalando, y las lecciones que podemos sacar son varias.

En primer lugar, como ya hemos señalado, la calidad del amor de Dios es servicial, es decir que no viene desde arriba para imponer ni mandar, sino desde abajo para convivir y servir. "El Señor que sirve" distingue la ética de Jesús de las demás éticas. La ética de Jesús pone el mundo al revés. Por cierto, hemos de destacar que el servicio es una calidad inherente a la vida y la actuación de Jesús precisamente porque es una calidad sustantiva de Dios mismo. Dios, que crea, que provee, que da vida y que cuida, es un Dios que sirve. Y las enseñanzas de Jesús siguen esta lógica -"los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero ustedes nada de eso; al contrario, el más grande entre ustedes iguálese al más joven, y el que dirige, al que sirve... Pues yo estoy entre ustedes como quien sirve" (Lc. 22:25-27). En segundo término, aquí se

desprende la relación íntima entre Jesús y su Padre y, más especialmente, el que Jesús actúa, vive y enseña según lo que ha aprendido de la naturaleza de su Padre. El evangelio de Juan es una continua lección en este sentido:

> Igual que mi Padre me amó los he amado yo.
> Manténganse en ese amor que les tengo,
> y para mantenerse en mi amor,
> cumplan mis mandamientos;
> también yo he cumplido los mandamientos del Padre
> y me mantengo en su amor.
>
> -(Jn. 15:9-10)

A manera de conclusión podemos decir que toda la vida, acciones y enseñanzas de Jesús reflejaban la naturaleza del amor y la esencia misma de Dios, así como su labor redentora. Cuando Jesús dice en Juan 14:10 "es el Padre que está conmigo realizando sus obras", señala que la obediencia significa colaborar en esta tarea. Esta colaboración se caracteriza por su búsqueda de una reconciliación profunda, no impuesta desde arriba sino compartida y convivida desde abajo, aun con respecto a los enemigos. Se identifica especialmente con los marginados y los explotados, se opone firmemente a la injusticia y la explotación, pero respetando siempre a las personas. Es de una calidad distinta a lo habitual, ya que no manda ni busca el poder, sino que se despoja y sirve. Así pues, entendemos que la ética cristiana es muy diferente a las demás éticas porque, en última instancia, tiene un modelo concreto a seguir: la calidad de la reconciliación de Dios. Inherente a su naturaleza, la calidad de la reconciliación de Dios considera más importante el bienestar del prójimo -y hasta del enemigo- que el de uno mismo. Este fue el criterio que seguía Jesús, obedecer representaba todo esto, en especial, significaba reflejar la calidad y naturaleza de Dios y participar en su labor redentora. Jesús no creó una nueva doctrina, legalista ni institucional, que definía respuestas ya determinadas para cada situación: eso hubiera sido volver al legalismo estático. Jesús, en última instancia, hizo lo que él mismo dijo: "He hecho lo que

aprendí de mi Padre", reflejando así el amor de Dios hasta la muerte. Aquí es donde el cristiano encuentra su criterio a seguir, no tanto en una serie de leyes, sino en que hemos aprendido y comprendido algo de este inmenso y profundo amor de Dios en nuestras vidas por medio de su Hijo, y queremos, por lo tanto, reflejar dicho amor en nuestras vidas y acciones. Lo interesante, y realmente diferente, de esta ética es que no surge de una serie de reglas o prescripciones como las demás éticas, sino que depende de -y refleja- la naturaleza de Dios en forma dinámica; es decir, que la ética es inherente y parte íntegra de la esencia de Dios y su acción en nuestra historia.

III
El camino de la cruz

Probablemente, no hay otro tema en la Biblia sobre el cual se haya escrito y discutido tanto como sobre la cruz. Hay cantidad de ideas, doctrinas y credos sobre su significado. Es un símbolo muy importante para los cristianos, y esto se puede comprobar al ver la cantidad de colgantes, adornos, imágenes y cuadros con el motivo de la cruz. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las representaciones gráficas o conceptuales de la cruz a menudo pasan por alto su sentido original, despojándola de cualquier implicación ética. Estamos tan acostumbrados a ver cruces de oro, plata, yeso o madera, que ya ni siquiera nos damos cuenta de lo que representó en el contexto del imperio romano. Sin embargo, lo más próximo a la cruz en nuestros días podría ser la silla eléctrica o el paredón de fusilamiento. (¡Nadie pensaría colgarse al cuello un símbolo con semejantes representaciones!). Lo que quiero decir es que la cruz fue un instrumento de tortura, un aparato para la ejecución de los rebeldes en una sociedad imperial. Representó, en un momento dado, la forma habitual en que el imperio romano eliminaba a los presos políticos que no se sometían a él; el medio político más común de que disponían los romanos para quitarse de encima a los subversivos e insurgentes de sus colonias. Es decir, solamente hay una forma de situar el significado histórico de la cruz: desde la perspectiva humana y social de aquella época. El hecho es que en los tiempos de Jesús la cruz nunca fue un símbolo religioso. Más bien, fue un símbolo que evocaba la represión imperial y la dominación política.

Sin embargo, el hecho más revelador del Nuevo Testamento es que Jesús escogió el camino de la cruz. Pero no nos engañemos: Jesús primero tenía que elegir. El no tenía por qué salir de Galilea. No tenía por qué ir precisamente a Jerusalén. No tenía por qué dejar que uno de sus discípulos le engañara. Es decir, que se planteó una opción y decidió actuar de una manera consecuente.

Lo importante es precisamente esta "decisión", porque manifiesta que Jesús actuaba como un ser humano dentro de un contexto sociorreligioso y político. Por lo tanto, el llegar a la cruz, el camino que conduce a la cruz, implica decisiones éticas. Es decir, se trata de tomar determinaciones que producen consecuencias -y Jesús las tomaba. En este sentido, hay que recordar que la ética se sitúa en el campo de lo que uno hace, y no en la esfera de lo que uno piensa o cree. En última instancia, lo que decidimos hacer, la forma en que actuamos, y no lo que pensamos o confesamos creer, demuestra lo que es nuestra ética. En el caso de Jesús, hay que señalar que él también, siendo humano, debía tomar decisiones y optar por una forma de vivir y de actuar. "Escoger la cruz" quiere decir entonces que decidió actuar y enseñar conscientemente de una forma muy concreta, reconociendo que esto le podría llevar a la cruz. Por ello, tenemos que reconocer que la cruz representó, más que otra cosa, la consecuencia lógica de su forma de vivir. Esto significa que los romanos crucificaron a Jesús por razones muy concretas, y que Jesús no se hubiera visto enfrentado con la cruz si no fuera porque actuó de una forma que infringía, por así decirlo, las normas sociopolíticas y sociorreligiosas de su tiempo. Ahora bien, si la cruz es la consecuencia de una forma de vivir, lo paradójico es su significado real, ya que cuestiona la base misma que generalmente se da por sentado en los criterios y procesos éticos habitualmente aceptados: la orientación hacia los resultados, la eficacia como una herramienta para medir el éxito de la acción, y la supuestamente lógica, visible y manipulable relación entre causa y efecto. Antes de continuar volvamos a un texto clave, que puede ayudarnos a clarificar este punto:

> Entre ustedes tengan la misma actitud del Mesías Jesús:
> El, a pesar de su condición divina,
> no se aferró a su categoría de Dios;
> al contrario, se despojó de su rango
> y tomó la condición de esclavo,
> haciéndose uno de tantos.
> Así, presentándose como simple hombre, se abajó,

> obedeciendo hasta la muerte, y muerte en cruz.
> Por eso, Dios lo encumbró sobre todo
> y le concedió el título que sobrepasa todo título;
> de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble
> -en el cielo, en la tierra, en el abismo-
> y toda boca proclame que Jesús, el Mesías, es Señor,
> para gloria de Dios Padre.
>
> -(Fil. 2:5-11)

Como ya mencioné anteriormente, estos versículos eran un himno de los primeros cristianos. En este contexto Pablo lo emplea para destacar la actuación de Jesús según la cual tenían que obrar entre sí los creyentes de la iglesia de Filipos. Pero el himno nos puede servir para mucho más, sobre todo para entender cómo los primeros cristianos concebían a Jesús el Mesías. Desde luego, nos es imposible ver este himno fuera del contexto ético, es decir fuera de las decisiones y actos de Jesús y de Dios en la historia humana. En este texto debemos destacar varias ideas y acciones claves.

En primer lugar, tenemos a Jesús, quien, "a pesar de su condición divina no se aferró a su categoría de Dios". Lo que esto representa es nada menos que el complejo "Adán" al revés. En el caso de Adán se trata básicamente de poseer el mando de la creación, saber el bien y el mal, es decir, aferrarse al mando de la historia humana, guiarla, controlarla: en última instancia, ser Dios. Por lo tanto, en el caso de Jesús se trata radicalmente de lo contrario. No considera adecuado ni correcto dominar la creación, la historia humana, es decir, no estima como apropiado, ni justo guiar o controlar, desde arriba, desde la posición divina, la voluntad y el destino humanos: "al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos". He aquí no solamente una enseñanza ética radical sobre el poder, la violencia y la imposición, sino, principalmente, un enfoque ético total.

En muchos círculos cristianos existe un debate continuo sobre la violencia y la legitimidad de su empleo. Entre conservadores y revolucionarios se trata de explicar que en algunos casos la violencia es justificable y legítima. Para los conservadores la

cuestión es "mantener el orden establecido". Justifican la violencia en términos de instaurar o conservar el orden y la ley de la sociedad. La violencia no solamente es apropiada sino necesaria para que no reine el caos y la anarquía en la sociedad. La violencia es legítima cuando se trata de "conservar" lo que ellos han determinado que es "el bienestar común". Los revolucionarios, en cambio, aunque empiezan desde una perspectiva opuesta, -desde abajo- hablando sociopolíticamente, emplean la misma lógica. Según ellos, la violencia es conveniente y necesaria para la liberación del pueblo y para acabar con la opresión. En ambos casos, si observamos detenidamente, se trata de una especie de defensa justificada para mantener o instaurar un propósito social concreto que se ha determinado de antemano como justo y bueno, el cual puede variar muchísimo de un bando al otro. Las visiones y los objetivos pueden ser opuestos, pero la lógica y la dinámica de sus medios son idénticos. Por otra parte, en la polémica relación entre violencia/noviolencia también existe un agudo debate entre los cristianos. Los noviolentos insisten sobre todo en que hay otras formas de conseguir los objetivos propuestos o incluso medios para defenderse que son tan o más eficaces que los métodos violentos. Según este punto de vista, se puede conseguir, con las técnicas noviolentas apropiadas, todo lo que queramos y aun aquello que por derecho nos corresponde. Aparentemente se trata de una forma menos costosa o más eficaz para obtener lo que uno quiere. Sin embargo, lo que distingue a los noviolentos de los violentos no es la imposición que representa su modo de conseguir lo que quieren, sino la forma de imponerlo. De todas maneras, en este debate sobre la violencia, lo que ambas posturas cuestionan son los medios: su legitimidad y su eficacia. Pero me parece que Jesús se mueve en otro sentido, más allá de la cuestión de la legitimidad de la violencia. En su libro *Jesús y la realidad política*, John Howard Yoder (a quien personalmente debo mucha de mi profundización en estos temas) apunta claramente al meollo de la actuación de Jesús. El escribe: "...ciertamente, cualquier renuncia a la violencia es preferible a su aceptación, pero Jesús no renunció, en primer lugar, a la violencia sino a la compulsiva idea de la imposición que conduce a los hombres a violar la dignidad de otros".[2] Esto confirma el significado del himno en Filipenses, no precisamente la legitimidad o no legitimidad de la violencia, sino el que Jesús, al despojarse a sí mismo, no buscó controlar ni guiar la historia humana, ni siquiera imponer su estrategia sociopolítica o su propósito religioso. No aferrarse a la categoría de Dios es claramente, desde la perspectiva ética y sociopolítica, dejar de imponer en cualquier forma sus propósitos. Lo que este enfoque cuestiona es algo que ni siquiera nos preguntamos: ¿es bueno impeler a que la historia progrese hacia lo que yo y los míos hemos determinado como la causa justa y buena? No es pura cuestión de medios, sino de si, éticamente hablando, es justo que guiemos o intentemos guiar la historia. Esto implica, al fin de cuentas, ingresar al juego que conlleva el poder. Para definirlo desde una perspectiva humana, el poder, llevado a un extremo, es entendido como la imposición que representa el intento de aferrarse a la categoría de Dios, sea con el medio que sea. Poder no es sólo pretender saber el bien y el mal, sino pretender saberlo y buscar imponerlo a cualquier costo. Pero continuemos con el himno. "Así, presentándose como simple hombre, se abajó, obedeciendo (reflejando el amor de Dios) hasta la muerte, y muerte en cruz". ¿Qué podemos concluir con esta ética? En primer lugar, que no podemos orientar nuestra acción en función de los resultados. De alguna forma tenemos que desechar la idea de la causa y el efecto. Jesús acaba muerto en la cruz. Esto es radicalmente opuesto a lo que la mayoría de los criterios y procesos éticos nos enseñan. Habitualmente actuamos de acuerdo con los resultados que esa u otra opción nos supondrían. Pero aquí Jesús no actúa ni toma sus decisiones motivado por el resultado, sino por la obediencia. En segundo lugar, no se puede juzgar la acción según el criterio normal de esta sociedad: la eficacia. En nuestros días, generalmente las acciones se miden por la eficacia. Pero con la cruz no se puede hablar en estos términos porque la cruz no es eficaz, hablando sociopolíticamente. Incluso lo que tenemos en el caso de la cruz es que, desde la perspectiva humana, la obediencia bíblica es antitética a la eficacia. Este himno expone una ética que rompe radicalmente con los esquemas éticos comunes. Por ello, Jesús no impone su

causa, aunque sea justa. En cambio, según otras éticas, no solamente hay algún tipo de imposición de la causa justa, sino que esta causa justifica, por lo tanto, el uso de la violencia. Es decir, que normalmente en las acciones sociopolíticas hay una causa, un propósito que se ha determinado como justo y, precisamente porque esta causa es justa, se puede justificar su imposición. Además, la causa que puede reunir más medios, fuerzas y poder casi siempre es la que tarde o temprano "tiene razón" y triunfa. Pero Jesús no sigue esta postura, precisamente porque él no justifica la imposición de su causa, y en lugar de reunir fuerzas, medios y coacción para sojuzgar y obligar se despoja del poder que tiene. Vemos pues que Jesús no decide en función de los resultados, no hace cálculos sobre la eficacia de su tarea, y no plantea su acción exclusivamente en base a los medios.

En el Nuevo Testamento existe una amplia y rica gama de descripciones e interpretaciones de la cruz y la muerte de Cristo. Todas las imágenes de los escritos neotestamentarios sitúan el significado de la cruz como la clave de la historia redentora de Dios: la muerte de Cristo es el quid de la salvación y la acción misericordiosa de Dios. Así, por ejemplo, la cruz de Cristo es el cumplimiento del Antiguo Testamento; Jesús, el siervo de Dios, lleva a cabo en su propia carne la expiación de los pecados de los hombres (en este sentido, Jesús es un sacrificio, es el cordero, es el rescate cuya carne y sangre es derramada para la justificación de la humanidad); es un acontecimiento cósmico (la cruz significa la victoria sobre los poderes caídos); es una victoria sobre la muerte, etc. Estas descripciones, situadas claramente en el contexto, cultura y lenguaje del pueblo hebreo, ofrecen una profunda y rica variedad de formas para entender la cruz y la obra de Dios. Lo que quiero añadir a esto es que la acción de Jesús, en su elección del camino que le llevó a la cruz, contiene una ética, una forma no solamente de enfocar las creencias sino, fundamentalmente, una manera de vivir y actuar que conlleva consecuencias reales. Después de todo, Jesús murió y los discípulos se quedaron desesperados. Su muerte les parecía algo incongruente, porque no les cabía en la cabeza que el Mesías de Dios muriera. Era absurdo. Sin embargo, su Maestro, su Mesías, había muerto. ¿Qué esperanza

les quedaba? Ninguna. Desde cualquier perspectiva, la ética, las decisiones y la forma de vivir de Jesús fueron ineficaces y absurdas. Pero, después de tres largos días, sucedió algo que abrió los ojos a los desilusionados discípulos: Jesús vivía. Solamente la experiencia de la resurrección da sentido a la cruz. Sin la pascua de resurrección, la muerte de Jesús no sería más que una entre muchas muertes. Incluso en el Nuevo Testamento encontramos que las profundas reflexiones sobre el significado de la muerte de Jesús surgen a partir de la resurrección de Cristo. En este sentido continúa explicando el himno de Filipenses: "Por eso Dios lo encumbró sobre todo, y le concedió el título que sobrepasa todo título: de modo que a ese título de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda boca proclame que Jesús, el Mesías, es Señor". Notamos pues que la cruz y la resurrección, entendidas como una acción dinámica de Dios en la historia humana, son nada menos que un prototipo de la ética cristiana, cuya naturaleza contrasta notablemente con la fórmula ordinaria de la causa y el efecto. Como ha escrito John H. Yoder, al hablar de la visión apocalíptica de Juan (¡El cordero que esta inmolado merece todo poder!):

"Aquí Juan esta diciendo, no como una incomprensible paradoja, sino como una afirmación significativa, que la cruz -no la espada-, el sufrimiento -no el poder bruto-, determinan el significado de la historia. La clave para la obediencia del pueblo de Dios no es su eficacia, sino su paciencia (Ap. 13:10). El triunfo del derecho se asegura no por el poder y la fuerza que acuden en su ayuda, lo que supone, desde luego, la justificación del empleo de la violencia y otros tipos de poder en todos los conflictos humanos; el triunfo del derecho, aunque está asegurado, se confirma por el poder de la resurrección y no por los cálculos de las causas y efectos, no por la mayor cantidad de poder o fuerzas de los "buenos". La relación entre la obediencia del pueblo de Dios y el triunfo del plan de Dios no es una relación de causa y efecto, sino de cruz y resurrección... esta posición no es nada más que el desarrollo lógico del significado de la obra de Jesucristo mismo, cuya elección del "siervo sufriente" en lugar del señorío violento, de amor hasta la muerte en lugar de justicia respaldada por el poder, representó la dirección fundamental de su

vida: Jesús fue tan fiel al amor hacia los enemigos de Dios, que le costó toda su eficacia; él renunció a "dirigir la historia".[3]

Muy a menudo malentendemos el significado profundo del acontecimiento de la resurrección. Pensamos solamente en el futuro; que tiene que ver con nuestra situación después de la muerte. A veces, la imagen es de un Jesús viviente que está allí, en la orilla de la eternidad, llamándonos a unirnos con él. Pero esto es entender mal la resurrección. Todos los evangelios sitúan a Jesús de este lado de la tumba, en medio de nosotros, aquí y ahora. La buena noticia de la resurrección de Jesús no es, en primer lugar, que cuando muramos iremos con él; es, más bien, que él ha resucitado y ha venido a vivir con nosotros. Clarence Jordan, un pastor que trabajó muchos años entre los pobres y marginados del estado de Georgia en los Estados Unidos, y que fundó la comunidad *Koinonia*, en una ocasión dijo que "en la mañana de la resurrección, Dios conjugó la vida en el presente, no en el futuro. Nos dió no una promesa, sino una presencia; no una esperanza para el futuro, sino un poder para el presente. No tanto la seguridad de que viviremos algún día, sino de que él ha resucitado hoy. La resurrección de Jesús no es para convencer a los incrédulos ni para tranquilizar a los que tienen miedo, sino para provocar a los creyentes. La prueba de que Dios resucitó a Jesús de la muerte no es la tumba vacía, sino los corazones llenos de los discípulos transformados. La mayor evidencia de que Jesús vive no es su sepulcro abierto, sino una comunidad llena del Espíritu; no una losa quitada, sino una iglesia comprometida".[4] La resurrección de Jesús hace posible vivir ahora según la voluntad de Dios; por ello podemos vivir el camino de la cruz.

Volviendo al ejemplo de Jesús, podemos entender que la obediencia, el querer reflejar y seguir fielmente la naturaleza de la obra y del amor de Dios, es la base sobre la cual tomamos decisiones. Este amor no actúa por medio del poder o la imposición de la fuerza, sino por el camino del servicio, la humillación y el sufrimiento. Los criterios no son cálculos de eficacia y resultados, sino, simplemente, obediencia a lo que hemos entendido ser la naturaleza del amor de Dios expresado por medio de su Hijo Jesús. No obstante, dado que esta ética rompe con los demás

esquemas éticos, sobre todo el de causa y efecto, no se puede entender la resurrección como el resultado de la cruz. Es decir, que no se trata aquí de una especie de nuevo medio para conseguir fines. No veo que el martirio garantice la resurrección. El sufrimiento no es, en este sentido, un medio para salvar la vida, o, como Yoder ha escrito: "la cruz no es una receta para la resurrección... Pero la clase de fidelidad que está dispuesta a aceptar una clara derrota en vez de acomodarse al mal está, en virtud de su conformidad con lo que sucede cuando Dios actúa entre los hombres, aliada con el triunfo último del Cordero".[5] En última instancia, el ejemplo del Cordero implica actuar sobre la base de la obediencia y no de los resultados. Así pues, la resurrección es una realidad dinámica que vivimos y experimentamos para reflejar el amor de Dios manifestado en la cruz de Jesús.

A lo largo de la historia bíblica hay un tema clave que a veces se describe como la batalla entre el bien y el mal, la luz opuesta a las tinieblas, o la vida contra la muerte. Esta última imagen se destaca sobre todo en las descripciones de la cruz y la resurrección. Una y otra vez se nos dice que Jesús, el Señor, vence la muerte. He aquí lo que se podría denominar "los principios de la vida y la muerte". Eticamente hablando, no podemos menos que reconocer lo que representa la tensión entre estos dos principios y, sobre todo, cuál de los dos principios escogió Jesús en su vida, muerte y resurrección. La respuesta es inmediata, Jesús se alinea siempre con el principio de la vida Toda su vida y su ser apuntan al principio de la vida, no al de la muerte. Pero ¿qué quiere decir todo esto? Me parece que debemos volver a definir en términos más concretos y palpables lo que significa la muerte en nuestro mundo. Lo primero que cabe destacar es la inminente e íntima relación entre la muerte y la violencia, que el apóstol Pablo expone en términos de pecado (pero, de hecho, entre pecado y violencia no hay diferencias cualitativas: ambos llevan a la muerte). Pablo nos ayuda a entender bien esta relación dinámica entre violencia (pecado) y muerte, cuando, en diferentes contextos, expone lo que a primera vista parece ser una contradicción. En Romanos 6:23 escribe: "el pecado paga con la muerte", y luego, en 1a. de Corintios 15:55-57 afirma algo que parece contradictorio: "al agui-

jón de la muerte es el pecado". La verdad es que sin la otra ambas carecen de sentido. La muerte da fuerza y sentido a la violencia. La muerte es como un dios, la amenaza última de la violencia. La muerte es el fin al que conduce la violencia. Para describirlo de una forma diferente, la esperanza de la violencia es la muerte. Por ejemplo, tomemos el arma más violenta y terrible desarrollada hasta ahora: la bomba de neutrones. Esta bomba no destruye ciudades, carreteras ni edificios: sólo mata a la gente. La llaman "la bomba limpia", (¡que irónica verdad!) La forma de medir su valor, de evaluar si es buena y eficaz consiste en ver cuál es su capacidad para matar. Es decir, que la esperanza en -y de- la bomba está en su capacidad de exterminio, en su eficacia para producir muertes. Su razón de ser es la muerte misma. Su victoria es la muerte. La muerte da valor a su esperanza a la vez que la muerte es su esperanza. Por eso, la muerte da fuerza y sentido a la violencia y, en última instancia, le otorga su verdadero valor. La razón por la cual Pablo puede describir el pecado y la muerte de esas dos formas es que suponen una dinámica en la que tienen que existir ambas, o ninguna tiene sentido. La violencia lleva a la muerte y depende de la muerte, y el aguijón de la muerte es la violencia, porque es la forma que toma la muerte mientras tengamos vida.

Ahora bien, Jesús, al optar por el principio de la vida, rechazó la esperanza en el poder de la muerte. Puso su esperanza en la naturaleza redentora del amor de Dios, en el Creador, en El que da la vida. Así, encontramos el profundo sentido de la resurrección: es la victoria de la vida. La muerte ya no es una amenaza, ya no tiene poder. La esperanza en la resurrección, la fe en que Jesús vive es, por su misma naturaleza, el elemento fundamental que se identifica con el principio de la vida y con la naturaleza misma del amor creador y reconciliador de Dios. Por ello, toda la vida, la muerte y la resurrección de Jesús están orientadas por -y hacia- el principio de la vida, y necesariamente tienen que oponerse al principio de la muerte y la violencia. Por eso Pablo puede retomar las palabras del profeta Oseas, porque el cristiano que entiende la victoria de Cristo sobre la muerte no puede menos que preguntar: "¿Muerte, dónde está tu victoria?; ¿dónde está, muerte, tu aguijón?" Así pues, podemos entender que una de las formas de ver y ubicar nuestra actuación ética, es decir, una de las formas de saber tomar decisiones, es basar nuestras acciones en el principio de la vida, según el camino que lleva a la vida, y no en la senda que conduce a la muerte.

Como conclusión, podemos confirmar que hay una ética que surge de la cruz y la resurrección, podemos identificarla como la ética del camino de la cruz. La cruz representa la naturaleza misma del amor de Dios. La cruz, en este sentido, es sinónimo de amor "agape". La cruz es el medio por el cual el amor de Dios se manifestó de manera ética y sociopolítica. Implica aceptar el sufrimiento y una total dedicación de la vida al ministerio de la reconciliación y redención de otros. Es una ética que actúa por obediencia al principio de la vida y depende de la acción creadora de Dios. La clave de esta ética depende totalmente de la confesión de que Jesús es el Señor y el Mesías, y toma ejemplo de su actuación como hombre: "El, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios".

La paz de Dios

La salvación está ya cerca de sus fieles,
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la lealtad y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan.

-(Sal. 85:10-11)

IV

Eirene, Pax y Shalom

Al iniciar el primer capítulo hablamos un poco de la palabra paz, ahora estudiaremos más detenidamente este término a fin de examinar su significado. Paz es un concepto clave en estos estudios porque, según se entienda esta palabra, así será el "testimonio" por la paz. Posiblemente nadie rechazará la paz, pero hay muy pocos que pueden decir realmente lo que significa. Lo que nos interesa aquí no es cualquier entendimiento de esta palabra, sino uno en particular: la visión bíblica de la paz, y sobre todo el concepto bíblico del *shalom*, tal y como se expresa en el Antiguo Testamento. En el vocabulario humano, en las diferentes lenguas y culturas, hay muchas palabras que se emplean para decir paz. A menudo tienen matices distintos que suponen sentidos diversos. En tiempos antiguos ocurrió lo mismo. Los griegos tenían la palabra *eirene* y los romanos *pax*. No obstante, los hebreos tenían, desde sus orígenes, otro concepto: *shalom*. Una de las formas que puede ayudarnos a matizar las diferencias que existen entre estos conceptos y visiones es la de comparar sus diversos sentidos sobre la paz. Concretamente, podemos entender mejor y más claramente el concepto de *shalom* al compararlo con los términos grecorromanos, aunque sea en forma breve. Posteriormente analizaremos lo que significa con más detalle el concepto *shalom* para el pueblo de Dios. Entonces estaremos en condiciones de ver si este concepto tiene que ver con la esencia del "acontecimiento Jesús" y su mensaje. Aquí también, como en los capítulos anteriores, partimos de una visión cristocéntrica, en cuanto el Antiguo Testamento apunta a Jesucristo, y Jesucristo da una nueva luz sobre el Antiguo. Empecemos pues, con el análisis de los términos.

Eirene probablemente deriva su sentido más claro de ser simplemente lo opuesto al concepto de guerra o conflicto bélico y violento; es decir, que *eirene* es el "estado entre guerras", la au-

sencia de conflicto abierto. Por ello, el sentido fundamental del concepto *eirene* no apunta a una relación, ni a una actitud, sino a un estado, como, por ejemplo, las expresiones "tiempo de paz" o "estado de paz". En este sentido, *eirene* es un concepto de paz negativo: existe cuando no hay guerra. Otro matiz importante es que apunta hacia un estado o condición de tranquilidad, no solamente internacional (ausencia de guerra) sino personal. Pero es la ausencia de sentimientos hostiles -y no la construcción de una relación positiva- lo que de nuevo lo define. Los estoicos, por ejemplo, tomaron esta idea y la adaptaron a lo que tanto deseaban: la tranquilidad interior. Ellos entendieron *eirene* principalmente como una armonía mental, interior y espiritual que desemboca en sentimientos tranquilos y apacibles. *Eirene*, por lo tanto, es un estado que deriva su definición de la ausencia de conflicto (concepto negativo), que ofrece tranquilidad, serenidad y armonía. Es un concepto que se basa en sentimientos y expresiones exteriores de conflictividad y hostilidad internacional.

Mucho más conocida en el mundo antiguo, la *pax* romana era otra definición de la paz. En un sentido primario y muy literal, *pax* señala una relación legal recíproca entre dos partidos. No obstante, en realidad su expresión más clara fue la ausencia de rebelión o de revolución armada, que los romanos aseguraban en su imperio por medio de su aparato militar todopoderoso. Fue la paz de "ley y orden", el tipo de paz que necesitaba asegurarse, defenderse y guardarse. En este sentido, *pax* no es solamente un estado, sino un producto, un resultado que se logra por medio de la fuerza militar. La *pax* romana se construyó oprimiendo a sus enemigos, asegurando así el *statu quo* del imperio, pero no el bienestar de todos los que vivían en él. De esta manera, *pax* es un estado que se tiene que imponer y mantener, que beneficia a los intereses del poder y a los que gobiernan en el imperio. Desde el punto de vista jurídico existe otro sentido de la *pax* romana: el enfoque del "pecado" como una violación de la ley. Por lo tanto, el "perdón" se entiende en términos de castigo, penitencias y condenas por medio de las cuales uno logra estar en paz. Lo que pasa a menudo con este enfoque es que la paz empieza a entenderse en términos individuales e interiores. Sobre todo después, en la historia de la Iglesia Cristiana, paz seguía esta idea "jurídica" y se entendía exclusivamente como un sentimiento de seguridad interior para con Dios. Así pues, *pax* tiene básicamente dos sentidos. Por una parte, es un estado, pero un estado que se procura y se mantiene por la imposición de la fuerza militar imperial. Por otro lado, es un concepto jurídico, legal, que desemboca en una seguridad y tranquilidad interior. Ahora bien, para entender mejor estos conceptos, podemos clasificar sus diversos sentidos a partir del siguiente esquema:

Diagrama 2

Intrapersonal	**Interpersonal**	**Internacional**
Eirene		*Eirene*
(Tranquilidad)		(Estado sin conflicto bélico -no hay guerra)
Pax	*Pax*	*Pax*
(Sentido jurídico-seguridad interior)	(Relación legal y recíproca entre dos partidos)	(Estado que se impone por la fuerza y se mantiene a través de ella)

Estos dos conceptos de paz ofrecen claramente tres clasificaciones. Dos tienen que ver con estados de algún tipo, y una primordialmente con sentimientos. Como puede apreciarse, las tres categorías se definen por ser estados que se logran por un medio u otro, y entonces "paz" describe este estado o condición. Intrapersonal es lo que pasa dentro de la persona, su estado psíquico, sus sentimientos y su equilibrio mental. Interpersonal se refiere al estado de relaciones entre seres humanos, que se definen por ser "legalmente" correctas y recíprocas. Internacional es

el nivel que tiene que ver con el estado que existe entre las naciones, la paz se da entonces: cuando no hay guerra y conflicto externo; o bien cuando es impuesta y mantenida para que no haya rebelión y conflicto interno.

No es difícil constatar que muchas de las ideas contemporáneas acerca de la paz tienen sus raíces en estos dos conceptos. Para muchos hoy en día la paz significa ausencia de guerra y conflictos bélicos, nada más. Otros piensan que paz es sinónimo de la idea de "ley y orden". Se habla de "paz social", "seguridad nacional", etc. La paz es un estado que se tiene que imponer por la fuerza para que exista ley y orden, o sea, para que haya paz. La "lucha por la paz" y contra el terrorismo se entiende a menudo en estos términos. Se trata de "mantener el estado de derecho", "conservar el régimen democrático", "defender la soberanía nacional", etc. La paz es algo que se defiende con las armas, que se protege con las leyes y que se conserva por la fuerza. Es la eterna búsqueda de tranquilidad exterior, la ausencia de conflicto bélico, de violencia abierta: "lograremos la paz" -dicen- "cuando acabemos con la subversión". La paz es un estado y un producto. Para otros, la paz es la liberación de la ansiedad y preocupación interior, a nivel personal. Es la ausencia de confusión y tensión en las relaciones interpersonales. Paz significa que no existen desacuerdos o enfados, e incluso el no tener que enfrentarse a pleitos y problemas. No obstante todos estos sentidos y significados de la palabra paz en nuestra realidad cotidiana, la visión bíblica del *shalom* representa un contraste notable en cuanto a riqueza y contenido.

Pocas veces en el vocabulario humano encontramos una palabra tan rica y extensa en su significado como el término *shalom*. Por eso, precisamente, es difícil definirlo, incluso diría imposible. Además, "definir" es un ejercicio contemporáneo y no hebráico. Los hebreos en el Antiguo Testamento, sobre todo en los profetas, no definen términos sino describen situaciones, relaciones y condiciones caracterizadas por la presencia o ausencia de *shalom*. Por ello es preciso buscar las múltiples ocasiones en que aparece la palabra *shalom*, e intentar entender en su respectivo contexto cuál es su significado. Un problema que se nos presenta

es que no podemos reducir el término *shalom* a un concepto limitado de "paz". La raíz de *shalom* es la idea de "bienestar", con énfasis sobre todo en lo material: a nivel individual es la salud, la buena y larga vida, el poder dormir tranquilamente, etc., y a nivel de grupos es la prosperidad y estabilidad de una relación. En el diagrama 3 he intentado reunir varias ocasiones en las cuales aparece el término *shalom* en el Antiguo Testamento, clasificándolas de acuerdo a una serie de categorías. Lo que se destaca es la amplitud de sentido que cubre este término.

Como puede apreciarse comparando los diagramas 2 y 3, *shalom* se diferencía de otros conceptos de paz por el significado de las categorías interpersonal e intranacional. Estas dos categorías tienen que ver con otros conceptos claves y sinónimos de *shalom*. Específicamente se trata de la dimensión de la justicia y del "que es justo" que explicita el Antiguo Testamento (nivel interpersonal), junto a la dimensión estructural, es decir, la regulación de las relaciones económicas y sociales entre los miembros del pueblo de Dios, que se halla concretada en los años sabático y jubilar (nivel internacional). Estas dos dimensiones, estas dos formas de concebir y estructurar la convivencia humana, forman el "eje" central del concepto *shalom*, y nos es imprescindible estudiarlas con más detalle en los próximos capítulos.

Diagrama 3

Diferentes contextos en que se encuentra el término *shalom* en la Biblia. Hacia una posible categorización.

Intrapersonal	Personal	Interpersonal	Intranacional	Nacional	Internacional	Universal	Ecología
Sal. 4:8	Gn. 15:15	Sal. 34:14-15	Is. 32:15-20	Is. 54:11-17	Dt. 2:26-29	Is. 32:57	Is. 32:11
Lam. 3:17	Jue. 19:20	Sal. 85:10-11	Jer. 6:14	Is. 32:18	Mi. 4:1-5	Mi. 4	Ez. 34
	Job 21:13	Is. 58:59	Ez. 13:15-16	Is. 48:18-19	Is. 2:1-5	Os. 2	Sal. 72
	Sal. 37:37	Zac. 8:14-15	Sal. 85:10	Is. 66:7-14		Sal. 85	
	Pr. 3:2			Sal. 147:12-20			
	Is. 38:16-17			Am. 9:11-15			
Muy poco sobre la tranquilidad interior	Bienestar personal: salud buena vida larga vida dormir bien tranquilidad post-muerte descendencia	Sinónimo de justicia ver también: Sal. 146 y 15	Sinónimo de justicia estructural y cumplimiento de la alianza ver también: Lv. 25 Lv. 26:1-13 (Jubileo)	Prosperidad y paz para la nación	Paz y buenas relaciones entre las naciones	Prosperidad y paz para todo el mundo y el universo	Paz y buenas relaciones entre la humanidad y la naturaleza
	Don	Relacional	Social	Don	Don	Don	Don
	Condición	Social	Estructural	Condición	Condición	Condición	Condición
		Estas dos categorías forman el eje del *shalom*.					

V

La justicia

Gerhard Von Rad, uno de los especialistas bíblicos más importantes de nuestro tiempo, en su clásica obra *Teología del Antiguo Testamento*, ha escrito lo siguiente: "No existe en el Antiguo Testamento otro concepto de importancia tan central para las relaciones vitales del hombre como el de justicia". Este concepto, según Von Rad: "No sólo mide las relaciones del hombre entre sí, llegando hasta las discordias más insignificantes, e incluso a sus relaciones con los animales y con su medio ambiente natural. Podemos, sin más, designar la justicia como el valor supremo de la vida sobre la cual descansa toda ella cuando está en orden".[6] Esta visión de la justicia, entendida en esta amplitud, contrasta necesariamente con nuestros conceptos habituales, de origen occidental. El problema consiste en que nosotros, con nuestra mentalidad de leyes y conceptos forenses, concebimos la justicia como el buen comportamiento del hombre en relación a una norma ética o una ley abstracta, de las cuales derivamos una serie de derechos y deberes. Por eso, la justicia casi siempre se sitúa en un contexto legal e incluso legalista, y a menudo entendemos la religión del Antiguo Testamento como legalista. Esta es la primera equivocación que se ha de clarificar. Quizá se pueda hacer dando algunas definiciones negativas de lo que no es la justicia. Según un diccionario bíblico especializado, "En el Antiguo Testamento, justicia no es el comportamiento de acuerdo con una norma ética, legal, psicológica, religiosa o espiritual. No es una conducta que viene dictada por naturaleza humana, ni divina, sea cual sea su perfección. No es una acción adecuada para la consecución de una meta. No es un ministerio desinteresado para con el prójimo. No equivale a dar a cada uno lo suyo o lo que se merece".[7] De hecho, para entrar en el mundo del Antiguo Testamento, tenemos que dejar de lado nuestros preconceptos y prejuicios occidentales (que provienen mayormente de los conceptos grecorromanos). En primer lugar, hay que destacar que la palabra justicia es un término

que expresa y engloba una relación, que respira y nos habla de ella. Como Von Rad explica en sus *Estudios sobre el Antiguo Testamento*: "justo es aquel que responde a las exigencias de una relación de comunidad. Esta relación de comunidad puede ser cívico-social, aunque en el Antiguo Testamento es con más frecuencia la relación comunitaria de Yahveh con Israel asentada por él en la Alianza".[8] He aquí el fundamento y eje de nuestra idea de justicia: se trata esencialmente de un concepto relacional, que se describe y define en términos del contexto y de las exigencias de relaciones específicas. Precisamente aquí podemos constatar la riqueza y la complicada diversidad de este concepto, porque las exigencias y los contextos de relaciones pueden variar, y de hecho varían, de una relación a otra. Incluso, desde la perspectiva del Antiguo Testamento, el concepto de justicia no puede existir fuera de relaciones específicas. Por eso, la idea hebráica de la justicia es totalmente dinámica, y no legalista como a menudo se entiende. Para clarificar más este punto debemos señalar dos matices complementarios que en el Antiguo Testamento nos ayudan a describir mejor este concepto.

1. En el Antiguo Testamento a menudo se habla del hombre justo, generalmente éste era quien preservaba la paz y la integridad de la comunidad, porque cumplía con las exigencias de las relaciones comunitarias. El Salmo 15, por ejemplo, expone este tipo de cumplimiento relacional que conduce a la justicia:

> Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
> y habitar en tu monte santo?
> El que procede honradamente y practica la justicia,
> el que habla sinceramente y no calumnia con su lengua,
> el que no le hace mal a su prójimo ni difama a su vecino,
> y honra a los fieles del Señor,
> el que no retracta lo que juró aun en daño propio,
> el que no presta dinero a usura,
> ni acepta soborno contra el inocente.
> El que así obra nunca fallará.
>
> -(Sal. 15)

Por tanto, ser justo y hacer justicia implican necesariamente el cumplimiento de las exigencias de relaciones. Es indicativo que muchos pasajes en el Antiguo Testamento comparan al justo con el injusto y el malvado. Ahora bien, el problema con el injusto no es que ha infringido una norma; o sea, no se trata de condenarle porque su actuación no concuerda con la ley. Lo más importante y grave de la acción del injusto es que ha destruido la propia comunidad porque ha dejado de cumplir con las exigencias de la relación comunitaria. Su desviación no es, por ejemplo, el asesinato, el robo, o la falsedad -es decir, el mal en sí-, sino el hecho de que cometió el mal contra una persona con la que estaba en relación. No obstante, esta comparación del justo con el injusto da lugar a que la justicia se entienda como un concepto legal, pero tenemos que precisar de nuevo en qué sentido. Como dice E. R. Achtemeier: "Así, justicia, como un concepto forense, no es una decisión imparcial entre dos partidos, basada en una norma legal, tal como se da en el derecho occidental, sino una decisión que protege, restaura y ayuda; una decisión que permite recobrar su derecho a aquellos a quienes les ha sido quitado. La justicia es el cumplimiento de exigencias comunitarias, y los juicios "justos" son aquellos que las restauran. Por ello es constante la súplica de los profetas por la justicia "en la puerta", por una restauración de los fundamentos de la vida comunitaria (Is. 5:23; 29:21; 59:4; Jer. 22:3; Am. 5:12; Hab. 1:4). En tales contextos no hay una diferencia entre aspectos éticos y legales. Ambos son uno: los dos equivalen a las exigencias de la comunidad".[9] El factor determinante es siempre el mismo: la relación en la que uno se encuentra.

Una de las relaciones más importantes que se registran en el Antiguo Testamento es la alianza entre Dios y la comunidad de Israel. Israel, para ser justo, tenía que cumplir con las exigencias de la alianza, y esto implicaba obediencia a la ley del Señor, tal como la expone el Salmo 1. Sin embargo, tenemos que precisar esta obediencia, es decir, clarificar nuestro entendimiento de la ley y la dinámica de la alianza, o caeremos fácilmente en un legalismo estéril. Primero, nos es preciso destacar que la relación entre Israel y Dios no dependía en absoluto de la actuación de Israel. Más bien, dependía totalmente de la iniciativa de Dios. Por otra parte, si bien es cierto que la justicia de Israel dependía de su fidelidad a la alianza con Dios, Israel, fuera fiel o no, siempre

estaba en relación con Dios. Por lo tanto, tenemos que reconocer que la alianza es una relación que depende de la gracia y la misericordia de Dios. No es, de ninguna manera, una relación legalista, ya que se basa, no en la ley, sino en que Dios ha elegido efectuar una alianza con Israel. En segundo lugar, viene la respuesta del pueblo, una respuesta de fe, de aceptar situarse en el contexto de la alianza, contexto que reconoce a Dios como Señor, a la alianza como un don de gracia, y a su ley como guía del pueblo. Por lo tanto, en cuanto a Israel, la fe y no las obras es la clave. La obediencia a la ley no es una receta para alcanzar la justicia, sino el estar en relación -una relación de fe- con Dios. Ni obras, ni acciones, ni obras acompañadas por la fe, conducen a la justicia; solamente la fe, que se manifiesta en obras, expresa su relación con Yahveh; es decir, tener fe en El y en sus propósitos. Esta dinámica está muy clara en la actitud de Abraham en Génesis 15:6: "Abram creyó en el Señor y se le apuntó en su haber". La justicia es el cumplimiento de la relación, pero el axioma del cumplimiento es la fe, la dependencia y la confianza en el Señor, no el realizar una serie de leyes o normas. De la misma manera, Yahveh es justo no por sus obras, ni siquiera por su naturaleza, ni por sus juicios o por su aplicación de la justicia. Es justo porque siempre cumple las exigencias de su relación con Israel, porque siempre es fiel a su alianza. ¡Cuántos Salmos empiezan o terminan con esta afirmación, como lo hace tan claramente el 143!:

> Señor, escucha mi oración:
> tú que eres fiel, atiende a mi súplica;
> tú que eres justo, respóndeme.
>
> -(Sal. 143:1)

Muchas veces el pueblo de Israel suplica socorro, ayuda y protección de sus enemigos. Y la justicia de Yahveh consiste en que es fiel e interviene, es decir, libera y salva a su pueblo. La historia de la alianza y de todo el Antiguo Testamento es una historia de salvación; de hecho, en los profetas se comprueba que los conceptos de justicia, shalom y salvación son términos paralelos que describen que Yahveh ha sido fiel y, por lo tanto, justo. En Isaías 45:21, por ejemplo, Yahveh se concibe como un Dios justo y salvador.

2. A través del Antiguo Testamento, sobre todo en los profetas, se destaca otro enfoque del "justo" y de la justicia. No solamente es justo el que cumple con las exigencias de sus relaciones, sino aquél que, por una razón u otra, ha sido privado de su derecho, despojado. Pero aquí el enfoque es específicamente forense. Dentro del ámbito de relaciones el despojado está necesitado, está oprimido, afligido, y, por lo tanto, es justo y la justicia se pronuncia a su favor. A menudo esto se representa con el pueblo de Israel. Frente a sus enemigos, Israel es justo por ser el débil, el oprimido, el que sufre. Su justicia consiste en el hecho de que en las relaciones internacionales le han quitado su derecho, está despojado y oprimido. De igual manera, esto se expresa también dentro del pueblo de Dios, en el nivel de las relaciones interpersonales. El Salmo 146 es un ejemplo, entre muchos, de esta dinámica:

> ¡Aleluya! Alaba, alma mía, al Señor:
> alabaré al Señor mientras viva,
> tañeré para mi Dios mientras exista.
> No confiéis en los nobles, en hombres que no pueden salvar:
> exhalan el aliento y vuelven al polvo,
> ese día perecen sus planes.
> Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,
> el que espera en el Señor, su Dios,
> que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él;
> que mantiene su fidelidad perpetuamente;
> que hace justicia a los oprimidos,
> que da pan a los hambrientos.
> El Señor liberta a los cautivos,
> el Señor abre los ojos al ciego.
> El Señor endereza a los que ya se doblan,
> el Señor ama a los honrados,
> el Señor guarda a los emigrantes,
> sustenta al huérfano y a la viuda,
> y trastorna el camino de los malvados.
> El Señor reina eternamente,
> tu Dios, Sión, de edad en edad. ¡Aleluya!
>
> -(Sal. 146)

La justicia, enfocada siempre en el contexto de relaciones, adquiere un significado muy claro: se pronuncia a favor de los oprimidos, los hambrientos, los cautivos, los ciegos, los emigrantes, los huérfanos, las viudas, en una palabra; a favor de los marginados. Ellos son justos a los ojos de Dios, porque el propio estado social en el que sufren es la consecuencia de no cumplir las exigencias de relaciones sociales, porque el propio estado social en que se encuentran despojados es el resultado de una mala relación estructural. La justicia jamás se pronuncia en favor del statu quo, del orden establecido (en este sentido, jamás es conservadora), sino en favor de un cambio en que se restituye y se restaura el derecho del marginado. Para que haya justicia, el marginado, el oprimido, el despojado, tienen que volver a gozar de una relación correcta y apropiada, se tiene que restaurar la relación. La justicia se pronuncia en favor del "statu quo ante" -es decir, en favor de la vuelta a la calidad de relación que Dios quería desde la creación para-con-y-entre los seres humanos. Así, la justicia es verdaderamente radical. En esta misma línea, los profetas hacen una continua llamada. Tomemos unos ejemplos de Isaías. Notemos en el capítulo 1 que la justicia y el derecho son sinónimos en la reconstitución del marginado:

> Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien;
> buscad el derecho, enderezad al oprimido;
> defended al huérfano, proteged a la viuda.
>
> -(Is. 1:17)

> ¡Cómo se ha vuelto una ramera la Villa Fiel!
> Antes llena de derecho, morada de justicia.
> Tu plata se ha vuelto escoria, tu vino está aguado,
> tus jefes son bandidos, socios de ladrones:
> todos amigos de sobornos, en busca de regalos.
> No defienden al huérfano,
> no se encargan de la causa de la viuda.
>
> -(Is. 1:21-23)

La justicia también tiene que ver con la legislación, las leyes y los juicios, pero es muy claro que la justicia de Dios no es la justicia humana:

> ¡Ay de los que decretan decretos injustos,
> de los notarios que registran vejaciones,
> que echan del tribunal al desvalido,
> y despojan a los pobres de mi pueblo,
> que hacen su presa de las viudas
> y saquean a los huérfanos!
>
> -(Is. 10:1-2)

Finalmente, el capítulo 58 de Isaías concluye que hasta el verdadero culto a Dios tiene que ver con la justicia que rectifica relaciones sociales:

> El ayuno que yo quiero es éste -oráculo del Señor-:
> Abrir las prisiones injustas,
> hacer saltar los cerrojos de los cepos,
> dejad libres a los oprimidos,
> romped todos los cepos,
> partir tu pan con el hambriento,
> hospedad a los pobres sin techo,
> vestid al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne.
> Entonces romperá tu luz como la aurora,
> enseguida te brotará la carne sana;
> te abrirá camino de justicia,
> detrás irá la gloria del Señor.
>
> -(Is. 58:6-8)

Resumiendo entonces, reconocemos que la justicia, el que es justo y practica la justicia, apunta a dos facetas complementarias basadas en relaciones. Primero, justicia es cumplir con las exigencias de relación que Dios dispone para la humanidad, y justo es aquél que lo hace. Por otra parte, "justo" es el oprimido, el despojado, el necesitado, porque su estado social es el resultado de no cumplir estas exigencias relacionales, y Dios se inclina por ellos. La

justicia consiste entonces en restaurar, en restituir al despojado. Es decir -y he aquí la clave revolucionaria de la justicia de Dios-, implica un cambio de relación, un cambio profundo y radical de actitudes y formas de vivir y actuar a nivel interpersonal y estructural. Lo interesante consiste en que la medida de la justicia es la calidad de vida y plena realización de la persona, con todo lo que implica dentro del contexto de las relaciones interhumanas. De esta forma se destaca, como contrapartida, una descripción radical y amplia de la injusticia y la violencia: existen cuando la calidad de vida de una persona, debido al fracaso y descuido en cumplir con las exigencias de relación, está influida de tal forma que sus realizaciones actuales (lo que es y lo que hace) están por debajo de lo que podría ser y realizar. El hecho es que una persona marginada, un individuo hambriento, seres que padecen necesidades, no pueden ser todo lo que Dios quería cuando creó al hombre. Incluso podríamos decir que, por desgracia, no gozan plenamente de su humanidad: no hacen, no realizan, no son lo que Dios se proponía que fuesen e hiciesen, debido a la situación social que padecen; situación que surge de una mala relación. La justicia de Dios es, en este sentido, una fuerza humanizante, porque, al colocarse al lado de los necesitados, lucha para que todos gocen y realicen plenamente su humanidad. Así, la justicia no se entiende como una respuesta institucional que arregla o regula problemas sociales de pobreza y marginación por la vía forense, ni tampoco se trata de un arreglo económico benefactor. Se trata, fundamentalmente, de la calidad de relaciones, cambios de actitud y formas de actuar para restituir y lograr esta calidad. Quizá nadie como Miqueas lo ha expresado de una manera tan clara y sencilla:

> Hombre, ya te he explicado lo que está bien,
> lo que el Señor desea de ti:
> que defiendas el derecho y ames la lealtad,
> y que seas humilde con tu Dios.
>
> -(Mi. 6:8)

VI
El jubileo

En el capítulo 25 de Levítico se describe una revolución, o mejor dicho, una liberación revolucionaria. El Señor, hablando a Moisés en el Monte Sinaí, bosqueja en pocas palabras una estructuración socioeconómica y política que revela, de forma clara, su concepto e intención de la convivencia humana. Visto desde cualquier perspectiva, es la máxima expresión de libertad y justicia jamás propuesta estructuralmente en la historia humana. Puesta en práctica, se convertiría en una justicia verdadera, estructurada orgánicamente a una liberación dinámica y duradera. Esta visión se fundamenta en una teología que surge de la total dependencia de Dios. Se trata del año del jubileo, acompañado del año sabático. Por ello debemos estudiar más detenidamente los principios y las medidas expuestas en estos conceptos.

(Para seguir mejor este capítulo, sugiero que el lector consulte primero los textos que describen la constitución del año sabático y del año jubilar: Levítico 25; 26:34-38,43; Exodo 21:2-6; 23:10-12; Deuteronomio 15:1-18; 31:9-13; Ezequiel 46:16-18; Jeremías 34:8-17; II Crónicas 36:30-31).

Aunque el año jubilar tenía algunas características propias, todas las medidas concernientes al año sabático también se aplicaban al año jubilar, el año "culminación" por así decirlo. El año sabático tuvo lugar cada siete años (siguiendo el esquema de trabajo y descanso del Sabat, el séptimo día), al cumplirse siete años sabáticos continuos llegaba el año jubilar; o sea, cada cuarenta y nueve años existía el jubileo. En pocas palabras, cada siete años se tenían que aplicar las siguientes medidas:

1. "La tierra descansará" (Lv. 25:2-7; Ex. 23:10-11). Durante seis años se podía sembrar, y en el sexto habría suficiente cosecha para que el pueblo cubriera sus necesidades durante el tiempo que la tierra descansara, debido a una bendición especial de Dios.

2. "La remisión de las deudas" (Dt. 15:1-11). En el séptimo año se tenían que "liquidar" todas las deudas entre los miembros del pueblo hebreo. Es importante destacar que prestar dinero no se enfoca en función de los beneficios o las ganancias que puede obtener el prestamista (no está basado en el "*profit motive*"), sino para ayudar a los necesitados. Es interesante recordar cómo los versículos 9-11 del capítulo 15 de Deuteronomio compaginan la realidad a una advertencia; hablan de la calidad de compasión requerida por Dios: "siempre habrá pobres; por eso, precisamente, abre tu mano a tu hermano".

3. "Después de siete años de servicio, todo esclavo hebreo gozará de la libertad" (Dt. 15:12-18; Ex. 21:1-2; Lv. 25:39-55). En casos de extrema necesidad económica uno se podía vender como esclavo. Esta medida aseguraba, entonces, que cada siete años hubiera una liberación general de los esclavos hebreos. La esclavitud resultante de la pobreza no podía existir de manera indefinida entre los que formaban el pueblo de Dios. Además de liberar a los esclavos, debía proporcionarse parte del producto de su labor a fin de aliviar su pobreza.

4. "Cada uno recobrará su propiedad" (Lv. 25:8-17). Esta medida se cumplía únicamente en el año jubilar y consistía en que cada cincuenta años todos recobraban su propiedad y estas retornaban a su familia. (Como explica Lv. 25:13-17, en el contexto de una economía agrícola, la inversión se entiende en términos de las cosechas que faltan hasta el jubileo y no en términos de la posesión de la tierra). Así, el año jubilar era como un gran borrador: a todos -los que pierden sus propiedades, los que se venden como esclavos y los que padecen necesidades- les es dado la oportunidad, estructuralmente hablando, de volver a empezar en un nivel de igualdad con sus conciudadanos.

Habiendo expuesto las medidas, debemos aclarar mejor la teología de la que surge esta reestructuración social, la cual es, desde luego, muy reveladora. Con este objetivo, hemos de estudiar una serie de afirmaciones de fe y vida, radicales y sorprendentes, además de las implicaciones económicas y sociopolíticas inherentes a éstas.

En primer lugar, está la afirmación de que la vida, la creación y, muy concretamente, la tierra, son un don de Dios, el creador.

El es el dueño, él es el propietario, por así decirlo: "La tierra no se venderá sin derecho a retractar, porque es mía, y en lo mío sois emigrantes y criados" (Lv. 25:23). La tierra no se concibe como una propiedad particular, sino como un don. En virtud de que se trata de una economía agrícola, esta afirmación tiene que ver con el capital en aquellos tiempos y culturas. De ahí la afirmación de que el capital, la fuente de la riqueza, es de Dios. Esto nos lleva a una segunda afirmación: todo lo que tiene y dispone el ser humano, hasta su propia vida, es y depende, finalmente, de Dios. El jubileo expresa una teología que surge de -y afirma- la dependencia humana primordial de Dios. El descanso de la tierra va en esta misma dirección: cada siete años el pueblo dependía de la gracia y providencia de Dios para sobrevivir durante el tiempo que no se sembraba. No obstante, estas afirmaciones no se hacen gratuitamente, sino que conllevan implicaciones vivenciales muy profundas. En una sociedad agrícola, la tierra es la única fuente de capital. Su posesión y adquisición aseguran riqueza y ganancias, por no mencionar poder. En las culturas y sistemas políticos de aquellos tiempos, era normal que la tierra perteneciera a un Dios (o bien a su representante físico, el monarca o su encarnación), quien la repartía entre las clases dominantes a su arbitrio. Normalmente, esos sistemas desembocaban en un colectivismo estatal. No obstante, con la institución del jubileo, aunque la tierra pertenecía a Dios, no se daba lugar al colectivismo estatal, pero sí se limitaba la arbitrariedad, el poder y el crecimiento de un soberano y sus íntimos. Además, como dice André Trocmé en su libro: *Jesús y la revolución no-violenta*, dado que el jubileo ocurría cada cincuenta años, "no paralizaba la iniciativa individual, sino que posibilitó la oportunidad, para todo el pueblo, de invertir su capital, comprar y vender bienes".[10] Las implicaciones socioeconómicas y políticas de estas dos afirmaciones, explicitadas en el jubileo, son radicales y contundentes. La institución, cada cincuenta años, de un retornar cada uno a lo suyo, de un nuevo comienzo en que todos vuelven a empezar con igualdad de oportunidades, es nada menos que la redistribución del capital. El año jubilar, por su misma naturaleza, impide la acumulación del capital, de la propiedad particular a perpetuidad en manos de

unos pocos. Evidentemente, como estructura socioeconómica y política no permite la aparición -ni el perpetuo crecimiento- de la lucha de clases, porque no da pie a que unos dominen sobre otros solamente debido a su estado social o económico. José Grau lo ha llamado: "el gran nivelador; nivelador económico que devolvía la esperanza a quienes no habían tenido suerte en los últimos años, ofreciéndoles nuevas oportunidades".[11] Cuando se afirma teológicamente que la tierra pertenece a Dios y que todo lo que tiene o dispone el ser humano es y depende de Dios, consecuentemente se tiene que concluir que el capital también le pertenece y no es su voluntad que sea apropiado por unos pocos ricos y poderosos. Por último, es indicativo que Dios no da margen a que la propiedad en exclusiva posibilite la dejadez o pereza humanas. Dios siempre ha querido y ha fomentado la responsabilidad individual; es decir, quiere el esfuerzo y el trabajo humano. Por esa misma razón, el jubileo aparece en ciclos de cincuenta años, fomentando así la iniciativa, la responsabilidad y el trabajo de cada persona durante este periodo, sabiendo todos que al cabo de esos cincuenta años volverán a empezar, habrá una nueva generación con nuevas e iguales oportunidades.

El jubileo implica una tercera afirmación teológica que es quizá la más complicada de captar y realizar. Se puede enfocar considerando otra afirmación más fácil de entender. Todos nosotros, al pasar un tiempo en el campo, en pleno bosque, en alta montaña, cerca del mar o en cualquier otro paisaje natural, (sobre todo, si vivimos en la ciudad), nos quedamos maravillados frente a la creación de Dios. Indiscutiblemente identificamos las bellezas de la naturaleza, su fauna y su flora, con la obra, el amor y la gloria de Dios. Así, afirmamos que la naturaleza es un reflejo del carácter de Dios. ¡Y en verdad lo es!

Ahora bien, en el jubileo existe una afirmación semejante a ésta: las estructuras e instituciones humanas -las relaciones estructurales que regulan la convivencia humana- tienen que reflejar el carácter de Dios. El jubileo es precisamente esto, porque, en el fondo, no es más que el reflejo de Dios traspuesto e institucionalizado en una estructura humana. Consideremos ahora algunas tesis que nos ayudarán a clarificar este punto.

1. ***Dios de justicia.*** Recordemos que la justicia se sitúa en términos de relaciones, y que Dios considera justo a aquél a quien le han quitado su derecho: el oprimido, el pobre, el marginado, el afligido, el despojado ...y el que confiesa su dependencia de Dios. La justicia trata entonces de restaurar estas relaciones y se coloca al lado del oprimido. Decir que Dios es justo es afirmar que Dios interviene en favor de los desposeídos. Ahora bien, en la institución del jubileo tenemos la estructuración de esta justicia: el jubileo refleja la justicia de Dios por medio de una estructura. Sobre todo, en las medidas de restauración y liberación encontramos organizada estructuralmente la preocupación de proporcionar nuevas oportunidades a los despojados, nivelando las desigualdades que se hubieran producido. Es una estructura que no permite que la desigualdad se perpetúe, sino que se coloca al lado de los marginados para brindarles periódicamente un nuevo comienzo.

2. ***Dios de gracia y misericordia.*** Como ya hemos señalado varias veces, Dios es un Dios de gracia y misericordia. El estableció su alianza con el pueblo de Israel, les dió la tierra que manaba leche y miel, en todo su peregrinaje les protegió y les guió, aun cuando el pueblo no fue fiel. En el jubileo encontramos el reflejo de esta calidad de compasión. En Deuteronomio 15:13-15, por ejemplo, se ha de despedir al esclavo colmándole de regalos. Como dice Juan Driver: "la preocupación de Yahveh por los pobres y los desheredados también se refleja entre los israelitas que observan las disposiciones del año sabático. Dejarán en barbecho su tierra durante el séptimo año para que comieran los pobres (Ex. 23:11); lo que hayas prestado a tu hermano lo condonarás (a fin de que) no haya pobres entre los tuyos (Dt. 15:3b-4a); si hay entre los tuyos un pobre, no endurezcas el corazón ni cierres la mano a tu hermano pobre. Abrele la mano y préstale a medida de su necesidad (Dt. 15:7-8). El espíritu del jubileo refleja claramente la gracia de Dios que redime a su pueblo y la compasión del Señor que socorre a los necesitados".[12] El jubileo es un intento de estructurar medidas que reflejan, en las relaciones entre los miembros del pueblo de Dios, la calidad de la compasión que Dios ha demostrado para con él.

3. ***Dios de perdón.*** El Dios de gracia y misericordia es, lógicamente, el Dios de perdón. Aunque el pueblo no es fiel, Dios lo es, y además no mantiene perpetuamente su justificable ira y rencor contra aquél. De la misma manera, el jubileo refleja esta calidad del perdón de Dios, pero de manera estructural. "Cada siete años harás remisión. Así dice la ley sobre la remisión: todo acreedor condonará la deuda del préstamo a su prójimo, porque ha sido proclamada la remisión del Señor (Dt. 15:1-2). Aquí, el perdón, por medio de la remisión de deudas, se extiende específicamente al campo financiero; y aún más: "Cuidado, no se te ocurra este pensamiento rastrero: está cerca el año séptimo, año de remisión, y seas tacaño con tu hermano pobre y no le des nada, porque apelará al Señor contra ti, y resultarás culpable. Dale, y no de mala gana, pues por esa acción bendecirá el Señor, tu Dios, todas tus obras y todas tus empresas" (Dt. 15:9-10). He aquí la calidad del perdón de Dios: es una actitud y forma de actuar positiva -el que tiene comparte con el que no tiene, sin interés, (perdonándolo) si no puede devolverlo, porque así es Dios y así actuó Dios con su pueblo.

4. ***Dios de liberación.*** Dios es el libertador, el que libera a los esclavos, el Dios del Exodo. Este es el *leit motiv* del pueblo de Dios, de su salvación: "Yo soy el Señor, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para daros la tierra de Canaán y ser vuestro Dios" (Lv. 25:38). Toda la estructura del jubileo es como un modelo práctico de este paradigma teológico -la remisión de deudas, retorno a la tierra de cada uno para empezar de nuevo y, sobre todo, la liberación de los esclavos: "Si se te vende tu hermano, hebreo o hebrea, te servirá seis años, y al séptimo lo dejarás ir en libertad... Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que el Señor, tu Dios, te redimió; por eso, yo te impongo hoy esta ley" (Dt. 15:12-16). Dios tuvo misericordia y liberó a su pueblo. El pueblo, como consecuencia, tiene que estructurar una liberación que toma la forma de los años sabáticos y jubilares. Así, en el sistema mismo, se compagina la misericordia con la justicia, la liberación con el perdón. Como dice Paul G. Schrotenboer: "Muchos de nuestros compatriotas no lo creerán posible, pero el jubileo era, en esencia, una provisión estructurada contra la opresión, contra el abuso, contra la injusticia, contra la falta de misericordia y contra el secularismo (es decir, tratar de arreglárselas sin Dios). Quien se resistía a apoyar aquel sistema demostraba que no estaba dispuesto a hacer justicia, ni a sentir misericordia".[13] Mucho menos a tener fe en Dios.

5. ***Dios de esperanza.*** Como Dios es fiel, el pueblo de Israel desde el tiempo de Abraham cree y confía en él, es decir: esperan y ponen su confianza en él. Dios ha de restaurar su reino; ésta es la gran esperanza del pueblo de Dios. Todo lo que a través de la historia humana se ha desviado y está caído se tiene que restaurar. De nuevo, reconocemos cómo la institución del jubileo incorpora en su propia estructura esta esperanza, dando lugar a que ocurran restauraciones periódicas. La esperanza, por medio del jubileo, se convierte en una realidad vivencial. Todos los pobres, los necesitados, los esclavos, los deudores, tienen esperanza, porque la misma estructura del jubileo la posibilita de forma real.

Resumiendo, concluimos que el jubileo es muy radical. Pues siempre va a la raíz misma de la creación y la existencia humana: Dios. El jubileo se enraiza en el carácter mismo de Dios, e intenta traducir este carácter en las estructuras económicas y sociales. Por tal razón, va mucho más allá de cualquier programa, sistema o estructura económica o sociopolítica emprendida hasta ahora en la historia humana. Como señala José Grau: "Más, no sólo trasciende el jubileo la aparente contradictoria tensión entre los conceptos de propiedad individual y social, respetando los derechos tanto de la persona como de la sociedad, así como la difícil armonía entre justicia y misericordia".[14]

A menudo se cita lo que a veces se llama "la regla de oro": "Todo lo que querrían que hicieran los demás por ustedes, háganlo ustedes por ellos" (Mt. 7:12). No obstante, en el jubileo también hay otra regla de oro, otra afirmación teológica que está en la base y desemboca en aquella: "hagan y actuen unos con otros de la misma forma que Dios ha actuado y ha hecho con ustedes". El jubileo es la estructuración del carácter mismo de Dios. El quiere que la forma en que ha actuado para con su pueblo se refleje en la manera en que ellos actúan entre sí, y que aparezca en las es-

tructuras que regulan las relaciones económicas y sociales. Desde luego, se trata de un proyecto económico y social que humanamente parece impensable, inconcebible e irrealizable, pero que, no obstante, se explicita y se estructura bajo el señorío de Dios. Jesús anunció, con su ministerio, el comienzo de un nuevo y definitivo jubileo.

VII

Shalom: la espiral de la paz

Una vez comprendidos los términos de justicia y jubileo en el Antiguo Testamento, empezamos a intuir que *shalom* encierra una idea muy amplia. Para los demás conceptos (*Eirene y Pax*), como ya vimos, el "eje" del significado está en la identificación de la paz con un estado. Sin embargo, *shalom* tiene un sentido muy distinto. El eje sobre el que gira *shalom* es triple: relacional, social y estructural. *Shalom* se caracteriza, de manera especial, por ser relacional. En este sentido, es sinónimo de justicia. Recordemos que la justicia es fundamentalmente el cumplimiento de las exigencias relacionales. El salmista, por ejemplo, nos describe esta relación en el Salmo 85:

> La salvación está ya cerca de los fieles
> y la gloria habitará en nuestra tierra;
> la lealtad y la fidelidad se encuentran,
> la justicia y la paz se besan.
>
> -(Sal. 85:10-11)

También en Isaías, como en todos los profetas, es un tema muy recurrente:

> En el desierto morará la justicia,
> y en el vergel habitará el derecho;
> la obra de la justicia será la paz,
> la acción del derecho, la calma y tranquilidad perpetua.
>
> -(Is. 32:16-17)

La idea de *shalom* como justicia es una afirmación fundamental en el Antiguo Testamento, basada sobre todo en relaciones justas entre Dios y su pueblo, y entre los miembros del pueblo de Dios. De esta manera se afirma que *shalom* es básicamente relacional;

incluso se distingue por eso: es un término que describe el bienestar creado por relaciones sociales justas y rectas. Consecuentemente, es un concepto social, que tiene que ver con la dinámica del proceso y desarrollo de relaciones. Es muy indicativo que el profeta Isaías, al describir la condición en la que vive la humanidad que no conoce la paz (*shalom*), subraya la falta de justicia y recta relación:

Mira, la mano del Señor no es tan corta que no pueda salvar;
ni es tan duro el oído que no pueda oir;
son vuestras culpas las que crean separación
entre vosotros y vuestro Dios;
son vuestros pecados los que tapan su rostro,
para que no os oiga;
pues vuestras manos están manchadas de sangre,
vuestros dedos, de crímenes;
vuestros labios dicen mentiras,
vuestras lenguas susurran maldades.
No hay quien invoque la justicia
ni quien pleitee con sinceridad;
se apoyan en la mentira, afirman la falsedad,
conciben el crimen y dan a luz la maldad.
Incuban huevos de serpiente y tejen telarañas:
quien come esos huevos muere;
si se cascan, salen víboras.
Sus telas no sirven para vestidos;
son tejidos que no pueden cubrir.
Sus obras son obras criminales,
sus manos ejecutan la violencia.
Sus pies corren al mal,
tienen prisa por derramar sangre inocente;
sus planes son planes criminales,
destrozos y ruinas jalonan su camino.
No conocen el camino de la paz,
no existe el derecho en sus senderos;
se abren sendas tortuosas;
quien las sigue, no conoce la paz.

Por eso está lejos de nosotros el derecho
y no nos alcanza la justicia:
esperamos la luz, y vienen las tinieblas;
claridad, y caminamos a oscuras.

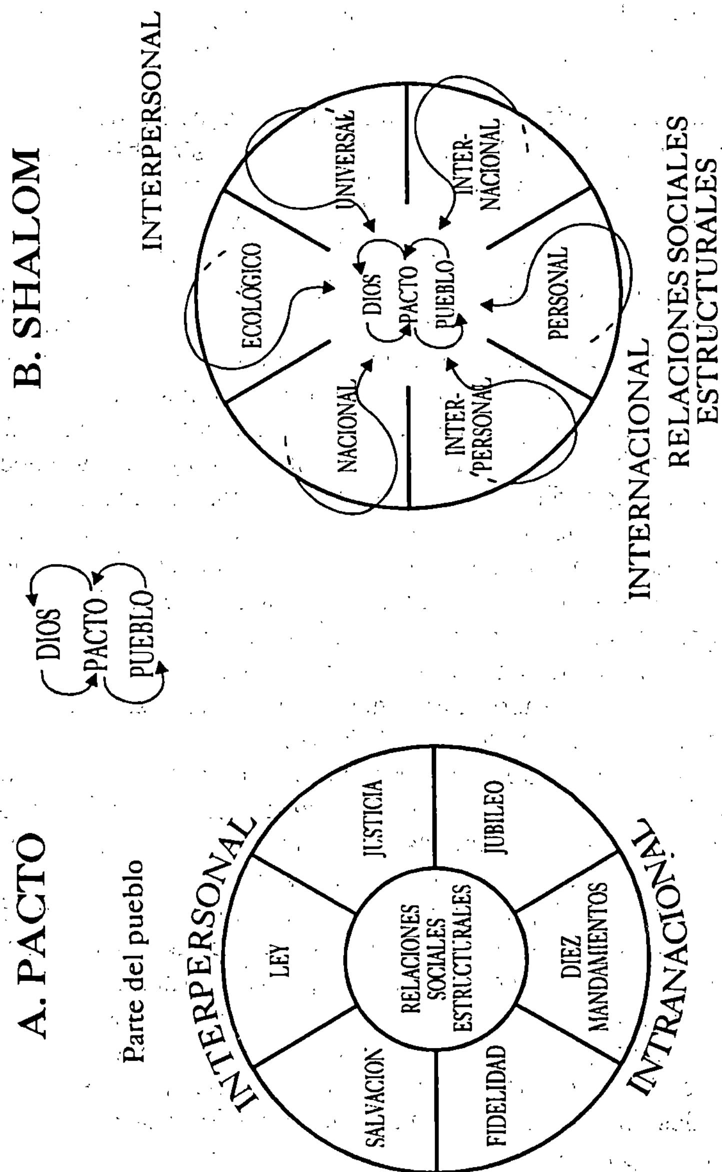
-(Is. 59:1-9)

Shalom se entiende, no en un sentido negativo (como un estado caracterizado por la ausencia de guerra), sino básicamente en función de relaciones sociales. Por lo tanto, *shalom* es un proceso. Esto supone un cambio radical en nuestra comprensión de la paz, dado que nos habla de una fuerza social positiva en sí, un dinamismo, una energía activa y propulsora, por decirlo de alguna manera. No es algo estático, ni siquiera un estado de cosas; por el contrario, es un proceso social dinámico.

Es curioso, pero en el mundo en que vivimos nos es más fácil concebir la violencia como un dinamismo. Muchos han hablado de "*la espiral de la violencia*". La violencia engendra violencia, a su vez, la segunda violencia engendrará más violencia, y la espiral sigue bajando hasta que, en un momento dado, la violencia cobra una energía y fuerza propia que la propulsa, a tal grado que es difícil predecir la magnitud de su destructividad. Como contrapartida, *shalom*, entendido tan ampliamente como hemos visto, se desarrolla como un proceso, como un dinamismo; pero positivo. Por ello, cuando afirmamos que *shalom* es un proceso, queremos describir la "*espiral de la paz*".

Por otra parte, cabe destacar que este dinamismo se tiene que traducir en estructuras, en el nivel de lo que he denominado "intranacional"; la estructura de las relaciones de convivencia en el pueblo. Obviamente, volveremos otra vez a la alianza que Dios hizo con su pueblo, es decir, a la estructura explicitada en el jubileo. Debemos reconocer que las medidas de los años sabático y jubilar intentan incorporar en su propia estructura los mismos valores del concepto *shalom*. Se trata de una estructura dinámica, caracterizada por la justicia y la convivencia según la intención de Dios. Ahora estamos en condiciones de bosquejar en términos generales este concepto de paz que es *shalom*. El diagrama 4 es un intento por describirlo:

Diagrama 4



El punto de partida tiene que ser la alianza que Dios hizo con su pueblo, porque todo gira sobre esta relación primordial, aunque también depende de las relaciones entre el pueblo. Por tanto, como ya hemos señalado, la esfera del cumplimiento de la parte de la alianza que corresponde al pueblo gira sobre el eje de las relaciones sociales y estructurales. Ahora bien, *shalom*, entendido en su totalidad, depende del pleno y recto cumplimiento de este "eje" interpersonal e intranacional, que luego repercute en la relación con Dios. Debido a la gracia y la bondad de Dios, este "eje" desemboca en la realización del *shalom* en los demás niveles, desde el intrapersonal al ecológico. Según los profetas, el *shalom* reinó en Israel cuando prevaleció la justicia, cuando se aseguró el bien común de todos, cuando existió entre sus miembros la igualdad y el respeto mutuo, y cuando la salvación prosperó según la alianza y el orden social que Dios había establecido con su pueblo. ¿Qué quiere decir todo esto? Me parece que caben algunos comentarios interpretativos.

Primero, como ya se señaló en el capítulo sobre la justicia, si nuestro concepto de paz es tan amplio, también debe serlo nuestra comprensión de la violencia. Es interesante notar cómo la descripción de la violencia en la Biblia depende y se deriva de su idea sobre la paz. La violencia siempre es lo que rompe la justicia y la paz; en este sentido, la paz no surge y se define como lo contrario a la violencia. Es decir que el concepto de paz es el de una fuerza positiva en sí; es ante todo la creación y el don de Dios, no simplemente lo contrario a la violencia. No obstante, una comprensión amplia de la paz conlleva necesariamente una amplia descripción de la violencia. En el mundo occidental, esta "comprensión amplia" de la paz y la violencia es muy sutil. Una forma de abordar esta tarea consiste en estudiar el concepto desde el punto de vista de su significado etimológico. Todos sabemos que, en nuestra forma de hablar, los conceptos se transmiten mediante casos, compuestos por sujeto-verbo-objeto. En términos prácticos esto aparecería de la forma siguiente: alguien-hace algo-a alguien. Ahora bien, resulta que en la historia de los últimos dos mil años (por lo menos), encontramos la lógica de este esquema gramatical aplicada en la definición de la violencia y, consecuen-

temente, de la paz. Podemos denominarlo "la violencia personal".[15]

Según esta lógica, la violencia consiste en lo siguiente: una persona hace algo dañando a otra. Así que están implicadas personas que hacen algo a otras que lo sufren -en el caso de un homicidio hay dos implicados; en el caso de una guerra hay muchos. De todos modos, la violencia se define únicamente en función del hecho de que hay una intención de dañar que se ha llevado a cabo. Es curioso como en el mundo forense (especialmente desde los romanos) la definición de la violencia está estrechamente vinculada a la intención de la persona, explicitada por la acción emprendida, y no tanto por la consecuencia de su acción. Según esto, también se la puede denominar: "la violencia de intención". La violencia se da cuando hay una acción explícita, llevada a cabo a propósito. Sin embargo, si tomamos en serio la amplia comprensión de *shalom*, en seguida notamos que esta descripción de la violencia es limitadísima.

La trampa sutil sale a luz cuando consideramos la violencia estructural. Tomemos un ejemplo de la historia contemporánea. Se puede comprobar con estudios cuántas personas murieron en la Segunda Guerra Mundial. Además, se sabe que murieron porque otras personas las mataron con un fusil, una bomba o de la manera que fuese. Desde luego, casi en todos los casos, fue una violencia de tipo sujeto-verbo-objeto; una acción, con intención llevada a cabo. De igual manera, hoy en día se puede comprobar cuántas personas han muerto desde 1960 de hambre y desnutrición. Será un número verificable de hechos, y seguramente rebasaría con mucho el número de muertes en la Segunda Guerra Mundial. No obstante, y aquí está la trampa, no habrá sujeto, ni acción con intención, ni objeto directo, sólo consecuencias. Llamemos a este tipo de violencia: la violencia estructural o como consecuencia. Notemos que en este caso no se puede concebir la violencia como intencionada, porque no la hay. Nadie ha deseado directamente la muerte o la malnutrición de otros. No hay un culpable. El problema consiste en que, si insistimos en seguir literalmente el esquema sujeto-verbo-objeto, nos es difícil, por no decir imposible, percibir la dinámica de la violencia. Es una violencia estructurada, escondida. Desgraciadamente, lo más lamentable es que este tipo de violencia es la peor. Nuestra forma histórica de entender la violencia ya no funciona, porque "pesca" las violencias intencionales (explícitas) pero deja escapar los peces gordos de las consecuencias estructurales. Rubem Alves, uno de los principales teólogos brasileños de nuestro tiempo, en su libro *Hijos del mañana*, ha escrito lo siguiente: "Las estructuras no son personas o cosas. No son edificios. No son organizaciones. Estructuras son relaciones globales, y las relaciones no se ven. Son para la sociedad lo que la mente es para el cuerpo: la lógica dominante del comportamiento. Por muy concientizado que esté el ejecutivo de la necesidad de humanizar la economía para adecuarla a los valores humanos, no puede hacer nada para cambiar la lógica de las ganancias. La relación global dominante gobierna las reglas del juego. Por muy concientizado que esté el militar acerca del absurdo de la guerra, no puede eliminar las presuposiciones lógicas que hay detrás de su uniforme".[16] Así pues, no hay, a fin de cuentas, un responsable, no hay un culpable, ni una intención. Si observamos más detenidamente percibiremos otra trampa sutil que empezamos a intuir en el estudio sobre el jubileo: en las estructuras humanas, al igual que en la violencia, el poder pasa a la clandestinidad, inadvertido e inalterado. El poder ya no está en personas, en individuos: está en las estructuras. El poder se ha podido escapar, ya no es visible, ya no se puede dominar ni controlar. Va por su cuenta, con su propia fuerza e iniciativa. ¿No es así la historia de la humanidad? ¿No es ésta la espiral de la violencia? Las estructuras que crea el hombre hacen invisible el poder y, como consecuencia, finalmente esas mismas estructuras terminan por dominarlo. No hay sujeto, no hay culpable, no hay intención: sólo aparecen las consecuencias. Pero el eje sobre el que gira *shalom*, con sus columnas de justicia y jubileo, no se plantea así. Constituye una forma global, tanto en sus principios como en sus estructuras, para regular las relaciones sociales y económicas a partir de medidas para luchar contra todas las violencias, tanto personales como estructurales. En principio, la justicia, cuando se entiende en términos relacionales y sociales, necesariamente personifica las responsabilidades convivenciales.

Cuando se coloca al lado del oprimido, realiza nada menos que la responsabilización personal de cada uno por la calidad de su convivencia y la de su pueblo. Es decir, por establecer una relación y responsabilidad mutua entre los miembros del pueblo, establece un puente que conecta orgánicamente la intención con la consecuencia. El nivel primario es la responsabilidad personal; de esta manera es como una personificación de las estructuras, no una estructuración deshumanizante de personas. En segundo lugar, el poder no se diluye en las estructuras, haciéndose oculto e invisible, porque el mismo sistema del jubileo le hace salir a la luz. No hay acumulación de capital, no hay tierras particulares a perpetuidad, no hay esclavitud para siempre. Hay, en períodos muy definidos y regulares, restauración, liberación, un nuevo comienzo y un retorno a la igualdad. El poder sale a la luz y se reparte entre todos, de igual forma cada siete años, y cada cincuenta de manera más completa. La propia estructura exige compasión, por medio de personas responsables y misericordiosas. La misma estructura es una fuerza positiva para la paz y la justicia social porque está compuesta por personas que, habiendo experimentado el amor, la gracia y la compasión de Dios, son una fuerza social positiva en favor de la paz. Cuando cumplen con sus relaciones hay *shalom*. La estructura no domina sobre la humanidad, sino que la humanidad, al cumplir bien sus relaciones, hace funcionar una estructura, posibilitada e institucionalizada por Dios, para el bien común de todos. Los postulados de la justicia y el jubileo forman la base de la comprensión del Reino de Dios, cuya expresión total está representada por la plena realización del *shalom* -la intención de Dios para su creación. *Shalom* es un proceso, un dinamismo, una energía positiva y propulsora; en definitiva, es la descripción de la calidad de relación que Dios se proponía para su creación. *Shalom* describe personas y estructuras que reflejan la naturaleza del Dios de liberación y perdón, de gracia y compasión, de justicia y paz, es decir, verdaderamente el Dios de esperanza.

La ética de la paz

Y la cosecha de justicia,
con paz la van sembrando
los que trabajan por la paz.

-(Stg. 3:18)

VIII

Jesús y el Shalom

Ahora tenemos una idea de la amplitud del concepto *shalom* y de los papeles primordiales que juegan la justicia y el jubileo en él, es decir, de la convivencia según la intención de Dios para su creación. Sin embargo, la pregunta clave que tenemos que hacernos es la siguiente: ¿esta noción amplia de paz tiene alguna relación con el mensaje del acontecimiento Jesús? Por otra parte, cabe preguntar: ¿las enseñanzas y forma de actuar de Jesús se arraigan en estos conceptos, o más bien son ajenos a su teología existencial? No son preguntas insignificantes. Para quienes confesamos a Jesucristo como Señor de la historia, estas preguntas plantean el significado mismo de la historia y su dirección. En el fondo, se trata de una ética escatológica. Normalmente se piensa que la ética se relaciona con el presente, es decir que tiene que ver únicamente con la toma de decisiones aquí y ahora. No obstante, cuando preguntamos en qué dirección apunta el sentido más fundamental de la paz de Dios y el acontecimiento Jesús, planteámos no sólo la cuestión de la dirección en la que corre la historia, sino también sus implicaciones para nuestras formas de ser y actuar, es decir, para nuestra ética, aquí y ahora. Así pues, se trata de una ética escatológica porque se arraiga en una visión clara del sentido de la historia y su dirección. Por lo tanto, para completar este estudio nos quedan por investigar tres aspectos importantes: la relación del "acontecimiento Jesús" con la visión bíblica del *shalom*, las implicaciones de esta relación para una comunidad que intenta encarnarlo, y el sentido de la fe cristiana como una ética escatológica.

Jesús y la justicia

Como ya mencionamos, la visión de la justicia en el Antiguo Testamento tiene que ver, sobre todo, con el cumplimiento de las

exigencias de relaciones. Hemos visto que la justicia realiza la responsabilización personal de cada miembro por la calidad de su convivencia y la de su pueblo, estableciendo una relación y responsabilidad mutua entre todos los miembros del pueblo, que conecta íntimamente la intención de sus acciones con las consecuencias que de ella se derivan. La pregunta que surge es: ¿enraizaba Jesús sus enseñanzas y forma de vivir en esta visión y, por lo tanto, apuntaba en la misma dirección que señala el espíritu de la justicia? Para contestar esta pregunta es preciso volver a la relación que Jesús tenía con la ley. En Mateo 5:17-20 Jesús deja muy claro cuál es esta relación:

> ¡No piensen que he venido a derogar la Ley o los profetas! No he venido a derogar, sino a dar cumplimiento, porque les aseguro que no desaparecerá una sola letra o un solo acento de la Ley antes que desaparezcan el cielo y la tierra, antes que se realice todo. Por lo tanto, el que se salte uno solo de esos preceptos mínimos y lo enseñe así a la gente, será declarado mínimo en el Reino de Dios; en cambio, el que los cumpla y los enseñe, ése será declarado grande en el Reino de Dios..., porque les digo que si su fidelidad no sobrepasa la de los letrados y fariseos, no entrarán en el Reino de Dios.
>
> (Mt. 5:17-20)

Jesús critica de nuevo a los escribas y fariseos. Pero esta vez lo hace partiendo de su fidelidad a la ley. Paradójicamente, eran precisamente los escribas y fariseos quienes habían desarrollado una interpretación pormenorizada de la ley y se preocupaban por cumplirla al pie de la letra. ¿A qué viene entonces la advertencia de Jesús? Me parece que el problema radica en dos maneras muy diferentes, por no decir opuestas, de concebir y aproximarse a la ley. Sabemos que Dios dió la ley con una intención muy específica: la convivencia y el bien común de todos los miembros del pueblo Además de señalar las responsabilidades convivenciales la ley también contemplaba restricciones -e incluso sanciones- si un individuo anteponía su propio interés sacrificando el bienestar de la comunidad en general o dañando a otro miembro. Ahora

bien, después de muchos años y tras comprobar que la naturaleza humana no quería someterse a la calidad de convivencia establecida por Dios, el pueblo empezaba a entender la ley más por sus consecuencias punitivas que por su intención de preservar el bien común de todos. Figurativamente, la ley pasaba de ser una mano abierta que señalaba al pueblo el camino hacia el *shalom*, a ser una mano cerrada con un azote que castiga. La preocupación principal de los miembros del pueblo, y sobre todo de sus maestros, pasaba de ser una preocupación por el bien común de todos para alcanzar esta convivencia, a una preocupación de saber hasta qué punto se podía estirar la ley sin provocar el castigo. Se buscaba entonces, no el bienestar del prójimo, sino mantener una relación adecuada frente a la ley. Consecuentemente, uno es justo frente a las exigencias de la ley, no ante las exigencias de sus relaciones de convivencia. Los escribas y fariseos habían llegado a entender la ley de esta manera: como consecuencia, como castigo, como una serie de "sís" y "nos". Peor aún, en muchos casos, cuando había preceptos de la ley que eran demasiado difíciles de cumplir, buscaban formas de desarrollar otros preceptos para evitarlos. Su manera de concebir la ley estaba basada en el miedo a las consecuencias por no cumplirla, perdiendo de vista toda su intención original. Cuando Jesús habla en Mateo, de que había venido para dar cumplimiento a la ley, apunta radicalmente a la intención original de la ley: el bien común de todos. Se trata de otra forma de entender la ley, no como consecuencias y castigos, sino como una guía para el cumplimiento de una convivencia recta. Es decir, apunta a la calidad de relación y convivencia que Dios quería desde el principio para la humanidad. Las diferencias entre estas dos maneras de concebir y entender la ley son notables. Para los fariseos todo gira sobre el hecho, público y visible. Para Jesús todo está en la actitud. Para los fariseos el acatamiento a la ley está por encima del amor. Para Jesús la obediencia surge del verdadero amor y preocupación por el prójimo, por ello, con absoluta razón, puede afirmar que toda la ley depende de dos mandamientos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y amarás a tu prójimo como a tí mismo". Por así decirlo, para los fariseos todo es fin, todo es

fruto. Intentan arreglar el árbol centrándose sobre el fruto. Para Jesús, todo empieza ya con la semilla, las raíces, el tronco -el fruto saldrá en su momento por naturaleza. Es decir, todo reside en los medios. Para los fariseos sólo importa lo que se ha hecho. Para Jesús la manera en la que se ha hecho y el por qué del hecho son tan importantes como el hecho mismo. De esta manera encontramos parte de la respuesta a la pregunta inicial. Cuando Jesús habla de dar cumplimiento a la ley apunta radicalmente a la intención y al espíritu de la ley tal como está explicitada en el concepto de justicia: amar a Dios y amar al prójimo como a sí mismo.

Este contraste, entre la visión y la práctica de Jesús por un lado y la de los escribas y fariseos por el otro, se destaca de manera más contundente cuando lo relacionamos con el problema de la violencia. Cuando se habla de la violencia intencional, generalmente se acepta que la violencia no se ha cometido hasta que los hechos la verifican, y entonces se puede, con la evidencia de los hechos, comprobar la intención de una persona para actuar con violencia. Pero de nuevo, aquí también encontramos que la postura de Jesús es radicalmente diferente. En Mateo 5:21-48 se halla una serie de enseñanzas que subrayan que la complacencia de un acto violento equivale a cometerlo. En casos de adulterio, de homicidio y de divorcio, Jesús afirma que tan sólo complacerse en la idea supone llevarla al cabo. Se trata de la violencia *a priori*, una violencia intencional que tiene implicaciones importantes. Estudiemos, por ejemplo, el caso del homicidio.

> Les han enseñado que se mandó a los antiguos: "No matarás, y si uno mata será condenado por el tribunal". Pues yo les digo: Todo el que trate con ira a su hermano será condenado por el tribunal; el que lo insulte (lo llame racá) será condenado por el consejo; el que lo llame renegado será condenado al fuego del quemadero.
>
> -(Mt. 5:21-22)

Todos los versículos son claros, salvo el que contiene la palabra *racá*, que en algunas versiones se traduce por necio o

imbécil. Se trata de una palabra clave para entender todo el significado de este pasaje. Clarence Jordan explica que la palabra *racá* es un intento de deletrear el sonido de carraspear y escupir. En el mundo y en la cultura del Medio Oriente uno de los insultos más graves era escupir al adversario, y era todavía peor cuando se hacía directamente a la cara. Llamar a alguien renegado o insensato también se tomaba muy en serio, mucho más que en nuestros días. Ambos términos expresaban un desprecio hacia la persona en cuestión, y a la vez la complacencia de tratarle como algo inferior a un ser humano. Jesús, pues, está dejando muy en claro que el homicidio empieza y radica en este desprecio. El desprecio hace dos cosas. Primero, coloca al adversario en un plano deshumanizado, menospreciable e inhumano. El es menos que un ser humano. Su vida, su persona, ya no son importantes. Es como un animal. En segundo lugar, sitúa al que desprecia en un plano superior. El es mejor, es más importante, tiene razón y, por lo tanto, su vida y su persona tienen más valor. En el fondo, ésta es la dinámica de perder el respeto hacia el valor intrínseco e infinito de cada ser humano. A nivel internacional pasa lo mismo entre naciones ricas y pobres, grandes y pequeñas, poderosas e indefensas. Se necesita mucha propaganda para convencer a los habitantes de una nación, incluso de un continente, para que consideren que sus semejantes, en ese lugar o en algún otro, son sus enemigos; y que además estén dispuestos a prepararse contra ellos al grado de combatirlos, incluso de exterminarlos si es necesario. Para hacer esto se precisa de un proceso de deshumanización. Según esta lógica, ellos no son solamente inferiores a nosotros, son menos que seres humanos. Los nombres de *bárbaros, moros, paganos, indios, negros, amarillos, rojos*, etc., tradicionalmente han identificado al *otro* como el adversario a combatir, ya sea por razones políticas, raciales o incluso religiosas. Si logramos convencernos de que ellos son inferiores, de que no valen mucho, de que son despreciables, inferimos, en consecuencia, que su vida o su muerte no tiene la menor importancia. Se les puede explotar, reprimir, esclavizar, marginar, rechazar, bombardear, o asesinar, -como históricamente ha sucedido- sin el menor escrúpulo, ya que no importan en absoluto. Jesús se opone radicalmente a esta

forma de pensar: la semilla del homicidio es el desprecio hacia el prójimo. La semilla de la guerra es la subestimación del intrínseco valor infinito de todo ser humano. Es muy interesante apreciar cómo Jesús recalca una y otra vez que la semilla del mal reside en el corazón. ¡Y cuánto les costaba captarlo a los discípulos!

> A estas alturas, ¿tampoco ustedes son capaces de entender? ¿No comprenden que lo que entra por la boca pasa al vientre y se evacúa en lugar retirado? En cambio, lo que sale de la boca viene del corazón, y eso sí mancha al hombre. Porque del corazón salen las malas ideas: los homicidios, adulterios, inmoralidades, robos, testimonios falsos, calumnias. Eso es lo que mancha al hombre; comer sin lavarse las manos, no.
>
> -(Mt. 15:17-20)

Así pues, Jesús apunta al espíritu de la ley, al espíritu de la justicia, en el sentido de que lo radicalmente importante son nuestras formas de relacionarnos y convivir. Y nuestro convivir, frente a nuestros semejantes, radica en nuestro corazón, en nuestra actitud, en nuestra disposición a aceptarlos, servirlos y amarlos. Una verdadera entrega al prójimo, un verdadero amor por él, es la semilla que dará el fruto de cumplir con la intención de Dios. Todo el mensaje de Jesús insistía una y otra vez: cuiden la semilla, rieguen las raíces, poden el tronco... y no se preocupen: ¡el fruto nacerá!

Jesús y el jubileo

Hemos visto que la institución de los años sabático y jubilar representa una estructuración del carácter de Dios. El quiere que la forma en que ha obrado para con su pueblo se refleje en la manera en que ellos actúan entre sí, y en las estructuras que regulan las relaciones sociales y económicas. No obstante, una y otra vez constatamos que el pueblo ha sido infiel en realizar lo que Dios se proponía, y que rara vez se pusieron en práctica los preceptos del jubileo. Ahora bien, ¿las enseñanzas de Jesús tienen alguna relación con los preceptos y el contenido del jubileo? Uno de los

ejemplos más ilustrativos del contenido jubilar en el mensaje de Jesús se halla en el capítulo cuatro de Lucas. Jesús está enseñando en la sinagoga y cita allí las palabras del profeta Isaías (61:1-2):

> El Espíritu del Señor está sobre mí,
> porque él me ha ungido
> para que dé la buena noticia a los pobres.
> Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
> y vista a los ciegos,
> para poner en libertad a los oprimidos,
> para proclamar el año de gracia del Señor.
>
> -(Lc. 4:18-19)

Definitivamente se trata de la proclamación de que el Mesías del Señor había llegado y de que su misión era una ministerio de liberación. En la frase "proclamar el año de gracia del Señor" encontramos una referencia directa de que esa liberación tiene un carácter específico, pues se trata de la liberación jubilar. Es evidente, por el resto del relato, que este tipo de proclamación no les agradó a los oyentes. Pero hay muchas indicaciones más -que muy a menudo pasan inadvertidas- de que Jesús proclamaba y anunciaba el jubileo. Una de ellas es la oración que les enseñó a sus discípulos:

> Padre nuestro del cielo,
> proclámese que tú eres santo,
> llegue tu reinado,
> realícese tu designio en la tierra como en el cielo;
> nuestro pan del mañana dánoslo hoy
> y perdónanos nuestras deudas,
> que también nosotros perdonamos a nuestros deudores;
> y no nos dejes ceder en la prueba,
> sino líbranos del Malo.
>
> -(Mt. 6:9-13)

Cuando se habla aquí de perdonar deudas, se trata -en el idioma original- de deudas de dinero: es una suma debida, en el sentido material de la palabra. Por tanto, esta oración se debe comprender en los términos del jubileo: es una oración jubilar, ha llegado el momento de perdonar las deudas económicas, porque Dios ha perdonado las tuyas. A menudo se piensa que Jesús está en contra de la ley. Los fariseos siempre le acusaban de esto, porque no se conformaba a los preceptos legalistas que ellos sostenían. Pero aun en estas circunstancias vemos que Jesús, y no los fariseos, interpreta radicalmente la ley al pie de la letra. Es decir, cuando se trata de recalcar los aspectos humanitarios y liberadores, sobre todo para el bien de los oprimidos, de los deudores y los necesitados; cuando lo que se pretende es practicar el amor hacia los menos favorecidos, es entonces cuando Jesús va, con un radicalismo total, a la ley mosaica y anuncia su aplicación directa a la vida. Muchas otras parábolas cobran un sentido más profundo cuando se las ve desde la perspectiva del jubileo. Por ejemplo, el siervo que no quería perdonar una pequeña cantidad de dinero a pesar de que se le había perdonado una suma impresionante. O bien, tomemos el relato de Lucas 6:34-38, que suena como si proviniera de Deuteronomio 15:9-11, que habla de la remisión sabática y el préstamo de dinero:

> Y si prestan sólo cuando esperan cobrar, ¿qué generosidad es ésa? También los descreídos se prestan unos y otros con intención de cobrarse. ¡No! Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada: así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los malos y desgraciados. Sean generosos como su Padre es generoso.
>
> -(Lc. 6:34-38)

La cuestión del préstamo no es significativa a menos que se enfoque desde la perspectiva de ganar dinero mediante el dinero, y más aún cuando se trata de la proximidad del año de remisión, en el cual todas las deudas quedarán anuladas. Por supuesto, el año de remisión da miedo al que presta, por ello no presta. He aquí una de las razones por las que el año jubilar y sabático no se pusieron en práctica. La estructura del jubileo es ridícula desde la perspectiva capitalista; es un riesgo imposible, no es rentable, no da beneficios, por lo tanto, los fariseos y los letrados buscaban una serie de normas y preceptos para no tener que cumplir con sus exigencias. Es obvio que a los ricos, los que tienen dinero para prestar, el jubileo les parecía injusto, irreal y arriesgado. Pero, desde la perspectiva de los necesitados, de los pobres, los oprimidos y los despojados, el jubileo representaba una liberación y una esperanza viva. Aquí es donde radica el sentido más profundo de la estructura del jubileo. Al igual que la justicia, el jubileo se coloca al lado de aquel que ha perdido o ha sido privado de su derecho, de sus posibilidades de vivir plenamente. Está muy claro que Jesús se coloca del mismo lado, pues comienza su ministerio anunciando el jubileo por medio de sus enseñanzas. Y lo hace con el mismo razonamiento que expone la estructura del jubileo: Dios es generoso. "Actuen unos con otros de la misma manera que Dios ha actuado con ustedes". Lo que Jesús anuncia no es la abolición de la ley. No. Lo que anuncia es la necesidad de volver a la intención primaria y al espíritu fundamental de la ley. Por así decirlo, los fariseos dieron tantas vueltas a la interpretación de la ley que perdieron totalmente de vista su intención, la idea original de la ley. Lo que Jesús buscaba era llegar a esta idea original: llegar a la verdadera fe y dependencia de Dios; llegar a practicar la misericordia y la justicia.

En muchos momentos Jesús parece ser muy duro con los ricos. Por ejemplo, tenemos el relato del joven rico que había cumplido fielmente con todos los mandamientos. Era un joven muy listo, como se dice, muy consciente. Pero Jesús le dice una cosa más: "Vende todo lo que tienes y repártelo". Y el joven se fue entristecido porque era muy rico. Y Jesús dijo: "¡Con que dificultad entran en el Reino de Dios los que tienen dinero"! Una forma simplista de entender este pasaje sería decir: "vender lo que uno tiene y repartirlo es el costo de la entrada en el cielo". Pero me parece que hay otro aspecto más profundo que Jesús nos quiere enseñar aquí. Jesús no era el tipo de persona que caía en la trampa de los legalismos, de "si ganas tanto y no repartes tanto, no

puedes entrar en el reino". Esta es más bien la lógica de los fariseos: el hecho visible. Jesús buscaba otra cosa: la actitud, el corazón de la persona. Este relato nos enseña dos cosas importantes. Primero, uno puede ser fiel a la ley sin cumplir el espíritu de la misma. Y, segundo, las riquezas dificultan tremendamente el que una persona alinie su actitud y su corazón según la intención de Dios. Las dos apuntan a la clave del relato: ante todo lo más importante es la compasión. Así de simple. Dios es misericordioso, ha tenido compasión de nosotros y quiere que la tengamos unos con otros. La compasión y el compartir con los necesitados, los pobres, los despojados -mensaje fundamental de la justicia y el jubileo- es lo que Jesús subraya aquí. Pero lo que salta a la vista es la dificultad del rico para tener compasión, pues el aferrarse a las riquezas es la causa principal de la indiferencia ante las necesidades de los demás. Así pues, no se trata de cantidad o de ley, sino de actitud, de corazón, de compasión. Podemos cumplir la ley, podemos dar todo el dinero que tenemos, y carecer de la actitud, del espíritu de compasión. Pero quizá lo más común es que nuestro dinero, nuestras cosas, impiden el que tengamos esta compasión de la que Jesús hacía eco, que realmente representa una compasión jubilar revolucionaria. Como André Trocmé ha escrito: "Una lectura honesta de los evangelios confirma que Jesús proclamaba de verdad un jubileo en Nazaret. La puesta en práctica de las cuatro prescripciones jubilares tenían un lugar central, no solamente en la ética de Jesús, sino también en su proclamación del Reino de Dios y en su enseñanza teológica. De hecho, el jubileo era la señal de la justicia de Dios sobre la tierra, que se cumple a través de años de labor consciente, seguidos del año de gracia que corona la obra completada con la buena noticia del perdón de Dios".[17]

IX

La comunidad mesiánica del Shalom

Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando una red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo, -Vénganse conmigo y los haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron. Pasando adelante vio a otros dos hermanos; a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que estaban en la barca repasando sus redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

-(Mt. 4:18-22)

A lo largo de la Biblia observamos que la formación de un pueblo, de una comunidad, viene a ser como un postulado metodológico de la obra de Dios en el mundo. De la misma manera, la constitución de una comunidad íntima de discípulos formó parte fundamental del ministerio de Jesús en la historia humana. Cuando Jesús comenzó su ministerio público, empezó llamando a la gente para que lo siguiera. En el núcleo más íntimo llegaron a ser doce, y el proceso de desarrollo formativo no ocurrió por casualidad. Los discípulos iban aprendiendo de su maestro; viviendo, cuestionando y comprobando la verdad y la actuación de Jesús. La comunidad de discípulos fue una especie de escuela; las enseñanzas de Jesús eran como las lecciones y la convivencia representaba el laboratorio en el que se verificaba la verdad de sus enseñanzas. Aunque les costó entenderlo, llegaron a asumir que Jesús era el Mesías que tanto esperaban, pero un Mesías muy diferente, que los llamaba a integrar una comunidad radicalmente distinta. En esta comunidad había dos preceptos fundamentales sobre la convivencia, que se encontraban en la

base de la misma y que la distinguían de cualquier otra sociedad humana: el poder y el amor. Dos enseñanzas distintas, pronunciadas por Jesús en dos contextos diferentes, nos darán una idea más clara de estos preceptos sobre la convivencia:

> Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos, Jesús los reunió y les dijo: Saben que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. No será así entre ustedes; al contrario el que quiera subir sea servidor suyo, y el que quiera ser primero sea esclavo suyo. *Igual* que este hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos.
>
> -(Mt. 20:24-28)

> Este es el mandamiento mío: que se amen unos a otros *como* yo os he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Serán amigos míos si hacen lo que les mando. Ya no los llamo más siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su patrón; los llamo amigos, porque les he comunicado todo lo que he oído a mi Padre.
>
> -(Jn. 15:12-15)

Seguramente, a primera vista, la lectura de estos versículos no tiene nada que ver con el poder. No obstante, he elegido la palabra poder porque me parece que, dentro del contexto de la comunidad de Cristo, esta palabra cobra un significado muy específico. A menudo, como cristianos, no nos damos cuenta de que las palabras empleadas en la Biblia tienen un significado exactamente opuesto al de nuestra cultura y sociedad. Jesús mismo en Juan 8:43 pregunta ¿por qué no entienden mi lenguaje?", aludiendo a este hecho. En realidad, hay que decir que las palabras no tienen un significado en sí mismas, sino que somos nosotros quienes les damos su contenido. Me parece que en el reino de este Mesías diferente, y por consiguiente en su comunidad, hay una serie de palabras y conceptos que describen la calidad de vida y relaciones que caracterizan esta nueva realidad humana. Sin embargo, el contenido de estas palabras es muy distinto de que habitualmente conocemos. Por eso tenemos que explicar su significado.

"Poder", para este Mesías diferente y para su comunidad, no es "estar por encima" de los demás. No significa "mandar" en el sentido militar o jerárquico. Ni siquiera quiere decir imponer algo o forzar a alguien a aceptarlo. Tampoco significa ser superior, mejor o tener más que los demás. Poder es, fundamentalmente, considerar que el bien del prójimo, del vecino, del hermano, y aun del enemigo, es más importante, pues tiene prioridad -si se quiere- sobre el mío. Significa poner la vida por los demás: servirles. Esto puede realizarse mediante un acto heróico, que ocurrirá quizá una vez en la vida -como sucedió en el caso de Jesús-, en el cual se da, de manera vicaria, la vida por los demás. Pero, "poner la vida por los demás" implica traducir su significado de manera muy práctica en las acciones y relaciones de todos los días. El poder en la comunidad de Cristo, según las palabras de Jesús, se manifiesta por el hecho de que los primeros sirven, son esclavos de los demás. Significa considerar que el otro y sus necesidades están antes de mí y de mis necesidades. Jesús ilustra este idea dando un ejemplo muy claro: él es el Señor que ha venido para servir y dar su vida por los demás.

El concepto de amor en la comunidad mesiánica es totalmente paralelo al del poder. "Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos", decía Jesús. A veces se entiende esta frase como una simple expresión teológica, incluso mística, del amor divino, que no se relaciona con alguna forma práctica de convivencia. Pero la verdad es que Jesús le imprime a estos conceptos de amor y poder un sentido muy práctico y literal. En la primera carta de Juan 3:16, observamos que el amor se conoció literalmente por lo que Jesús hizo:

> Hemos comprendido lo que es el amor porque aquél se desprendió de su vida por nosotros; *ahora también* nosotros debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en

él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad.

(1 Jn. 3:16)

En los tres últimos pasajes he subrayado las palabras claves, que dan al texto un contenido muy significativo. Son *igual*, *como* y *ahora también*. Estas palabras indican algo que ya hemos destacado antes: Jesús está recalcando que nosotros debemos manifestar la misma calidad de amor que él practicaba entre sus seguidores. Esta calidad de amor se traduce al poner nuestra vida por los demás. Este es el tipo de amor que practican los miembros de la comunidad mesiánica. Además, este amor es la base del nuevo concepto de poder que existe entre sus miembros. Ambos conceptos y formas de actuar son los que distinguen notablemente a la comunidad mesiánica. Probablemente, una comparación ayudará a entender más la riqueza contrastante de estos conceptos. Generalmente, en un primer nivel, "poder" quiere decir mando y dominio. En otros niveles está muy ligado a los conceptos de control, acumulación, centralización, manipulación, superioridad. En nuestra sociedad comunmente pensamos que el poder es un medio. Como indica un diccionario: "poder es la facultad o la potencia de hacer una cosa". En el nivel político y social, el poder es como un medio que permite que hagamos, realicemos y tengamos lo que queremos. Cuanto más poder, más posibilidades de autorrealización, acumulación y superioridad. Aquí empezamos a descubrir la verdad descarada del poder: por encima de todo es muy egoísta. Sirve para mí, para mi realización. Poder significa autoperpetuarse. Aunque damos por sentado que el poder es un medio, la verdad es otra, es un fin. Claro que la persona que por ahora "tiene" el poder se ve perpetuada, pero muy pronto aprecia que hay otra realidad bajo las apariencias: el poder se autoperpetua en sí mismo. La lógica del poder tiene sólo un propósito: aumentar y proteger el poder. George Orwell lo expresó claramente en su libro *1984*:

"El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo. No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura. El objeto de la persecución no es más que la persecución misma. La tortura sólo tiene como finalidad la misma tortura. Y el objeto del poder no es más que el poder."[18]

El término *poder* tiene un vocabulario revelador: "tenemos el poder", "estamos en el poder", "tomamos el poder", "todo con el poder de ...", etc. Pero quizá la expresión "subir al poder" es la más indicativa de todas, pues da la sensación de un movimiento hacia arriba, hacia -¿podemos admitirlo?- el cielo. Se trata de una escalada social, política y económica. Dejando la pobreza, la marginación y la terrible vulgaridad que padecen "los demás", subimos a otro estado, a un grado mejor, exclusivo y superior. Este "ascenso" que el poder hace posible no es gratuito, ni está exento de intereses. Según la sociedad de hoy, "subir" es un valor. Es un valor intrínseco e inherentemente bueno. Subir significa ir hacia lo bueno, lo placentero, lo grato y, al fin y al cabo, lo divino. Sí, subir -y más específicamente "subir" al poder- significa ser como Dios. Según la otra cara de la moneda, "bajar" es algo intrínsecamente malo; significa fallar, descender, caer, es casi como pecar. Pues cuando bajamos, caemos en pecado, descendemos al infierno.

He aquí donde radica la increíble ironía del "acontecimiento Jesús", la llegada de este Mesías diferente y la presencia de su comunidad distintiva. Dios mismo es quien da la nueva definición de poder por medio de su Hijo Jesús: el cual, a pesar de su condición divina se despojó y tomó la condición de esclavo. Según Dios, la imagen más adecuada para describir la relación con el poder es "bajar". Tomar el poder implicó para Jesús asumir la condición de esclavo. En el contexto de relaciones políticas y sociales, el valor intrínseco de este concepto de poder es el de servir y despojarse a sí mismo en favor de los demás. Así pues, amar es poner la vida por los demás y poder es practicar el amor.

¿Qué implicaciones tiene entonces participar en esta nueva comunidad mesiánica bajo el señorío de Jesucristo? Primero, como adultos conscientes y responsables, afirmamos que Jesús es el Señor. Esto quiere decir que sus enseñanzas, su forma de vivir, sus actuaciones como hombre, cobran un significado muy especial. En él reconocemos y contemplamos un ejemplo vivo de lo

que Dios quería que fuese el ser humano. En este sentido, la persona de Jesús es sumamente importante, pues representa el modelo de la nueva humanidad que Dios está creando mediante el sacrificio de su Hijo y el discipulado de todos aquellos que le siguen. En segundo lugar, cuando reconocemos que Jesucristo es el Mesías que los judíos esperaban durante tantos años, pero que es un Mesías diferente, lo identificamos con el siervo sufriente que describen las profecías de Isaías. Jesús de Nazaret es el siervo sufriente de Dios, es el Mesías prometido mediante el cual se realiza la salvación. Estas dos afirmaciones son claves. Pues subrayan sin lugar a dudas que Dios ha revelado de manera definitiva lo que quiere de nosotros por medio de la forma en que Jesús vivió y actuó en la historia. La aprobación magnificadora de la obediencia de Jesús, que Dios hace al resucitarle de la muerte, indica que esta forma de actuar y vivir del siervo sufriente es la dirección que toma la historia. Por lo tanto, lo que se afirma y se espera del Mesías, la calidad de vida, de amor, de disposición y entrega, también se espera de su comunidad. En definitiva, él es quien ha realizado la obra de salvación en la cruz, de una vez y para siempre, y es esta misma acción la que marca para su comunidad una pauta ética a seguir.

Cuando hablamos de la comunidad mesiánica, de esta agrupación de seguidores de Jesús que forman su cuerpo, nos ubicamos en un nuevo contexto para entender la toma de decisiones, es decir, para comprender la metodología de la ética. Pasamos de unos planteamientos individuales a uno comunitario. Normalmente la ética tiene que ver con decisiones personales; entre las diversas opciones que el mundo me presenta yo tengo que elegir un camino de acción. Pero, cuando nos referimos a la comunidad de Jesús, queremos señalar una dimensión colectiva, es decir, un proceso compartido en el cual discernimos comunitariamente nuestro camino. Además, cuando una comunidad intenta practicar la calidad de amor de Jesucristo, la dinámica del contexto es radicalmente diferente. Una comunidad en la que los miembros se aman y ponen sus vidas unos por otros, se sirven y apoyan mutuamente, se confiesan y perdonan de manera recíproca, es, por definición, una comunidad radicalmente distinta. En el centro de

esta nueva comunidad humana existe una ética dinámica, forjada en la experiencia sobre la marcha, en la cual, por medio del Espíritu de Jesús, los que antes eran enemigos ahora llegan a ser íntimos amigos y compañeros de un peregrinaje común en la obediencia diaria. El apóstol Pablo lo expresó de manera muy clara:

> Ahora, en cambio, gracias al Mesías Jesús, ustedes, los que antes estaban lejos, están cerca por la sangre del Mesías, porque él es nuestra paz: él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la Ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad.
>
> -(Ef. 2:13-16)

A menudo estos versículos son usados como base para el desarrollo de una teología expiatoria, es decir, el énfasis recae en las palabras "por medio de la cruz los reconcilió con Dios". Pero se deja totalmente de lado la profunda realidad que Pablo está afirmando en este pasaje de manera muy literal. De dos pueblos antagónicos se ha construido uno nuevo. La hostilidad se ha derribado. Literalmente, Jesús es la paz por haber reconciliado la enemistad entre estos dos pueblos. Cuando volvemos a leer el texto notamos este sentido existencial y literal: "Así, con los dos, creó una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad." La afirmación de Pablo es que la obra de Jesús es literalmente una obra pacificadora, en el sentido etimológico de *hacer la paz*. Pero no se trata de una pacificación cualquiera. La paz se estableció por medio de la cruz, es decir, poniendo la vida por los demás. Así pues, se trata de una afirmación metodológica: la cruz viene a ser la manera en que se estableció la paz entre dos pueblos antagónicos. He aquí el profundo sentido de la frase que sirve de título a este capítulo: *la comunidad mesiánica del shalom*. La comunidad que sigue las

huellas de su maestro, la comunidad que practica el camino de la cruz, la comunidad en la que todos están dispuestos a poner su vida unos por otros, es la comunidad que -mediante la obra unificadora y reconciliadora del Espíritu- establece la paz. La formación de esta comunidad, el nacimiento de la nueva humanidad, es en sí misma la expresión de una nueva ética y política radicalmente revolucionaria y transformadora.

Además, de la misma forma que los miembros ponen sus vidas unos por otros, la comunidad pone su vida en favor de quienes le rodean, incluso de sus enemigos. Aquí se plantea la posibilidad de un cambio social partiendo de una humanidad nueva que empieza a vivir según una escala de valores muy diferentes a los del mundo, pero dentro de la sociedad, poniendo su vida en favor de los que están a su alrededor. "Están en el mundo pero no son del mundo", decía Jesús. Es como formar una sociedad alternativa, paralela, con otros principios, otros valores, otras prácticas, que vive en la sociedad y se entrega a ella para transformarla. Como dice John H. Yoder: "la existencia de una comunidad humana que se dedica en común a una nueva y públicamente escandalosa manera de vivir, la de amar a los enemigos, es en sí misma una nueva realidad social. Un individuo heróico puede cristalizar mucha concientización a su alrededor, incluso admiración; pero sólo una comunidad que persiste en un sistema de valores diferente puede cambiar el mundo".[19] Por tanto, éste es el desafío más importante de la comunidad mesiánica: andar como él anduvo. Seguir las huellas del Mesías Jesús. Amar como él amó. Poner la vida por los demás, como lo hizo él. De manera definitiva y contundente una ética cristocéntrica tiene que ser, por naturaleza, una ética de la cruz. Lo importante no es entonces tratar de comprobar si hemos cumplido o no con la ley; como Pablo señala, Cristo acabó con la "ley de los minuciosos preceptos". Lo primordial es si hemos sido partícipes en esta experiencia humana que Jesús ejemplificó: compartir y convivir, bajo su señorío, según los valores y la intención original de Dios. Es decir, amarnos, dándonos unos a otros por el bien de todos.

X
La ética de la fe

En los capítulos anteriores hemos reflexionado en torno a la paz. Más específicamente, hemos concentrado nuestra atención sobre la ética de la paz. Nos planteamos una serie de preguntas importantes, pero quizá la mayor de todas se relacione con el significado histórico que cobra la paz de Dios. En otros términos, la pregunta es: ¿hacia dónde apunta la paz de Dios y qué implicaciones tiene esa dirección? No es un pregunta insignificante. Para quienes confesamos a Jesucristo como Señor de la historia, esta pregunta plantea el significado mismo de la historia y su realidad final. Probablemente resulte un poco extraño hablar así de la ética. Generalmente se piensa que la ética se conjuga únicamente en el presente, es decir, que tiene que ver con la toma de decisiones aquí y ahora. No obstante, cuando nos preguntamos en qué dirección apunta el sentido más fundamental de la paz de Dios y el acontecimiento Jesús, planteamos no sólo la cuestión de la dirección en que discurre la historia, sino el hecho de que esta dirección tiene muchas implicaciones para nuestras formas de ser y actuar -para nuestra ética- aquí y ahora. Es decir, se trata de una ética escatológica, porque se arraiga en una visión muy clara del sentido bíblico de la historia y de la dirección en que va.

Por otra parte, en la civilización moderna, es decir, en la forma en que históricamente hemos organizado nuestra convivencia humana, existe otra visión de la historia que trata de imponerse por todos los medios. La forma actual de organizar la sociedad en que vivimos se presenta como la realidad última que debe continuar y preservarse para siempre. El propósito de esta visión es conformarnos a la realidad presente aceptándola como la realidad final y definitiva. Por ello, trata de convencernos de los límites de ésta "realidad", para que aceptemos el orden establecido de la sociedad actual como la única realidad que verdaderamente existe. Esta visión, que identificamos con el nombre de *realismo*, preten-

de hacernos aceptar la "realidad" tal y como es, sin cuestionar sus fundamentos, estructuras o la dirección en que marcha. Sin embargo, es preciso afirmar que ésta "realidad" no es verdadera y ni siquiera final. Como otras formas de organización humana, antes de ella y muchas otras que le seguirán, finalmente pasará. No será lo que en última instancia dará sentido a la historia, al universo o al cosmos. Se trata más bien, como el apóstol Pablo diría, de una realidad pasajera, pues representa las potestades que dominan en las tinieblas y las fuerzas espirituales del mal. El apóstol Juan en su visión la llamó Babilonia, el dragón y las bestias. Esta es una afirmación escatológica, pues implica de alguna forma un juicio. Pero no es un juicio basado en lo visible y verificable. Se trata de un juicio fundado en una visión intuida, según un profundo sentido donde radican los sueños y deseos más profundos de la humanidad. Es un juicio de esperanza ... un juicio de fe.

A menudo entendemos mal el sentido profundo de la fe. Es curioso como la fe "estremece" a los cristianos de tal forma que frecuentemente prefieren convertirla otra vez en ley. Pensamos que la fe es mejor si es palpable, visible y cuantificable. La convertimos en eso que llaman doctrina: declaraciones, confesiones, reglas y normas de fe. Cada iglesia tiene la suya, ya sea en forma explícita o implícita. En ocasiones la fe se ha convertido a tal grado en una simple fórmula doctrinal que ha sido posible hablar de las "cuatro leyes o reglas espirituales", como una manera de sintetizar los elementos esenciales de la fe. A menudo llegamos a pensar que la fe solamente tiene que ver con creer o aceptar algo correctamente, pues tomamos muy en serio nuestros escritos y les damos un valor muy elevado e importante. Pero, nos olvidamos de una cosa: si todo está tan claro, tan visible, ¿por qué necesitamos la fe? Confiamos mucho en nuestros credos y creencias, a tal grado que pensamos que al explicarlos damos a conocer lo que de verdad es nuestra fe. Sin embargo, no es difícil constatar que nuestra vida rara vez está a la altura de lo que creemos. Es decir que pocas veces existe una concordancia entre nuestras acciones y nuestras creencias, pues nuestra comprensión de la fe difícilmente tiene alguna implicación ética. Por eso, me parece más honesto decir

que nuestra forma de vivir expone realmente lo que creemos en verdad. La afirmación de este capítulo es muy sencilla: tener fe significa vivir ahora según la realidad que no se ve. Esta fue la afirmación del escritor de la Carta a los Hebreos: "Es la fe anticipo de lo que se espera, prueba de las realidades que no se ven". Tomada al pie de la letra, tal afirmación raya en lo neurótico, pues confirma como real algo que no se ve. Nos es preciso profundizar entonces en lo que significa la fe. Probablemente el mejor ejemplo para ilustrar esta afirmación sea la historia de Abraham, patriarca del pueblo de Dios, al que se refieren muchos escritores neotestamentarios para explicar la calidad de fe que Dios demanda de sus hijos. En la Carta a los Hebreos se nos dice lo siguiente:

> Por la fe respondió Abraham al llamamiento de salir para la tierra que iba a recibir en herencia, y salió sin saber adónde iba. Por la fe emigró a la tierra prometida como un extranjero, habitando en tiendas con Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa. Esperaba la ciudad con cimientos cuyo arquitecto y constructor es Dios.
>
> -(He. 11:8-10)

Pablo en su Carta a los Romanos también hace mención de Abraham a la hora de explicar la fe. Se apoya sobre todo en aquel versículo de Génesis 15:6: "Abram creyó al Señor y se le apuntó en su haber".

> Fue al encontrarse con el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe cuando creyó Abrahán. Esperar cuando no había esperanza fue la fe que lo hizo padre de todos los pueblos, conforme a lo que Dios le había dicho: "Así será tu descendencia". Su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, materialmente muerto (tenía casi cien años), ni el seno de Sara ya sin vida; frente a la promesa de Dios la incredulidad no lo hizo vacilar; al contrario, su fe se reforzó, reconociendo que Dios decía verdad y convenciéndose plenamente de que tiene poder para cumplir lo que promete.
>
> -(Ro. 4:18-21)

A través de toda la Biblia el ejemplo de Abraham se presenta, una y otra vez, como el prototipo de la calidad de fe que Dios pide de los suyos. Pero ¡vaya ejemplo! A veces me pregunto si de verdad pensamos en lo que esto significa. Especialmente en esta época postfreudiana, si tomamos en serio el contenido y significado del ejemplo de Abraham, seguramente sufriremos una profunda crisis como personas del mundo occidental. No obstante, meditemos un poco sobre este relato desde la perspectiva de Freud, el padre del psicoanálisis, tomando en serio lo que nos dice el relato.

Abraham tiene unos cien años y lleva muchos esperando que su mujer le dé un hijo. Ve que ya no es posible engendrar hijos, pues sus propios cuerpos, físicamente hablando, ya no están en condiciones para procrear. Son viejos y ya no pueden tener descendencia. Pero sigue pensando y viviendo como si esto fuera posible. Por otra parte, se nos explica que Abraham se fue a vivir a una tierra que iba a recibir en herencia. En primer lugar se fue de viaje sin saber adónde iba, cosa ya rara en sí. En segundo lugar, pasó el resto de su existencia viviendo como extranjero. Hoy en día, desde la perspectiva del psicoanálisis, lo más probable es que a Abraham le llamaríamos neurótico o quizá una persona con padecimientos mentales. ¿Por qué? Porque, sencillamente, definimos la neurosis como el rechazo a aceptar la realidad tal como es. La realidad, diríamos, es que tienen cien años y no pueden tener hijos. Y si van en busca de tierras prometidas, por lo menos necesitan saber que realmente existen y donde están. Porque si no, estarían dando vueltas sin llegar jamás. De este relato pueden deducirse varias cosas. En primer lugar, desde la perspectiva del realismo y el pragmatismo, la fe es una desviación; incluso tiene las características de una enfermedad mental. Abraham rechaza lo visiblemente cuantificable, lo descriptiblemente objetivo y opta por algo que intuye, que siente ser verdadero y real. La segunda afirmación es la otra cara de la moneda de la primera: si la fe es una desviación desde la perspectiva del realismo, por otro lado, la fe pone en entredicho tal perspectiva, ya que cuestiona su realidad, sus principios, sus fundamentos y su lógica. Esto nos lleva de nuevo a la discusión sobre el realismo. En el fondo, tenemos

que plantearnos dos preguntas fundamentales: ¿qué es lo verdaderamente real?, ¿qué significado tiene la historia y en qué dirección va? Paradójicamente la afirmación bíblica es que las cosas tal como son, no son y no apuntan a lo verdaderamente real. Esta es la afirmación del relato de Abraham. El empezó a vivir según la realidad de Dios, y su forma de vivir no correspondía a la "realidad objetiva de este mundo". En Hebreos y en Romanos tenemos dos afirmaciones que declaran que incluso la propia obra de Dios es, por definición, de la misma calidad que la fe de Abraham:

> Fue al encontrarse con el Dios...
> que llama a la existencia lo que no existe...
>
> -(Ro. 4:18)

> Por la fe comprendemos que la orden de Dios formó los mundos, haciendo que lo visible surgiera de lo que no aparece.
>
> -(He. 11:3)

La cualidad de la obra de Dios es llamar a existir lo que no existe. La cualidad de la fe significa entonces vivir según una realidad que no se ve. Por ello constatamos que la fe es a menudo antitética con el realismo de este mundo. La fe hace que lo invisible, lo deseable pero perpetuado como imposible, aparezca. Al conformarnos a lo verdaderamente real, la fe hace que lo anteriormente invisible ocurra. "Es la fe anticipo de lo que se espera, prueba de las realidades que no se ven". Aunque nos cuesta entenderlo, la calidad de fe que demostraba Abraham contrasta radicalmente con dos tendencias muy difundidas entre los cristianos de hoy. La primera supone que es posible compaginar sin contradicciones la realidad de Dios con la organización de este mundo. La fe pone en duda que podamos vivir sin la más mínima preocupación por las cosas tal como son. La fe nos llama a vivir según una realidad que no se ve y que no va en la línea de la "realidad" de las cosas "tal como son". De la misma manera, la fe de Abraham rechaza la tendencia escapista, fincada en la esperanza exclusiva de recibir nuestra recompensa en el más allá; de esperar nuestro premio en los cielos. La fe no es escapista. Tener fe

significa vivir ahora según una realidad que no se ve, es una prueba aquí y ahora de las realidades que no se ven. Es curioso pero el realismo y la fe, siendo opuestos, juegan papeles parecidos. El realismo es para la organización de hoy, lo que la fe es para la realidad de hoy. Ambos tienen una visión escatológica muy clara. Ser realista implica vivir según la visión y la lógica de la organización de hoy. Primero, el realismo nos hace constatar y cuantificar cómo es el mundo. Segundo, al declarar la organización de hoy como realidad, juzga lo que debe ser el mundo del mañana. El realismo nos dice que el mañana ya está definido y decidido según la realidad de hoy: el mundo venidero es exactamente la continuación de la realidad presente. Esta es su visión escatológica: vivir mañana según la realidad de hoy. El realismo proyecta hacia el futuro la lógica y la organización actual.

La fe parte de otra perspectiva. En el fondo, la fe nos dice que la visión del futuro cambia y altera la lógica de nuestra vida actual. Tener fe no significa constatar y cuantificar cómo es el mundo ahora, sino declarar cómo tendría que ser. La fe proyecta en el presente la realidad verdadera del mañana. Esta es su visión escatológica: vivir hoy a la luz del mañana. Aquí encontramos la tremenda diferencia entre las afirmaciones del libro *Future Shock* de Alvin Toffler y el Apocalipsis de San Juan. El primero, como todos los futurólogos modernos, proyecta cómo viviremos mañana según la lógica y la organización de hoy. El segundo proyecta cómo tenemos que vivir hoy según la realidad del mañana. En la iglesia, a veces confundimos ambas cosas. Pensamos que profetizar es proyectar hacia el mañana la realidad de hoy. Pero hay muchas diferencias entre el futurólogo y el profeta. El profeta proyecta, según la realidad del mañana, los cambios que se han de emprender hoy. Aunque muchos piensan que la visión de Juan es únicamente el trabajo de un futurólogo, una lectura más detenida del Apocalipsis nos ayudará a entender la diferencia. Hay tres afirmaciones básicas en el Apocalipsis de Juan. La primera y más importante, que recorre incluso toda la Biblia, es la afirmación que contesta a nuestras preguntas iniciales: ¿qué es lo verdaderamente real? ¿qué significado tiene la historia y en qué dirección va? Su respuesta es: "¡El Cordero que esta degollado merece todo

poderío y riqueza, saber y fuerza, honor, gloria y alabanza! ...¡El reinado sobre el mundo ha pasado a nuestro Señor y a su Mesías y reinará por los siglos de los siglos!". Jesucristo es el Señor. El le da sentido a la historia. El es Señor de la historia. El, su Reino y sus valores representan la verdadera realidad. La segunda afirmación es que la forma de organizar este mundo, las llamadas "realidades" que hoy nos rodean, realidades que Juan describe como Babilonia, el dragón y las bestias, no son verdaderas; son realidades falsas y pasajeras. Juan afirma que la realidad de Jesús es absoluta y definitiva, es la verdadera realidad que da vida y permanece para siempre. A la vez, afirma que Babilonia, la forma de organizar el mundo que hoy conocemos, caerá y desaparecerá. La tercera afirmación viene del hecho de que Juan escribe esta visión a iglesias muy específicas. No para que calculen el día del fin del mundo, ni tampoco para que prediguen el futuro. Les escribe estas revelaciones para que cambien y vivan según la realidad del futuro, en la que Jesucristo es Señor de la historia, donde su reino y sus valores son los verdaderos. La afirmación de Juan es una afirmación de fe, la misma de Abraham. La comprensión de lo verdaderamente real, del verdadero sentido de la historia, la comprensión de la realidad del mañana cambia necesariamente nuestra forma de vivir hoy. Finalmente, hay otra afirmación que Jesús mismo hizo, que Juan presenta en el Apocalipsis, que Pablo constata en varias ocasiones y que la carta a los Hebreos deja muy clara:

> Le permitieron guerrear contra los consagrados y vencerlos,
> y le dieron autoridad sobre toda raza,
> pueblo, lengua y nación.
>
> -(Ap. 13:7)

> Con fe murieron todos éstos, sin recibir lo prometido,
> nada más viéndolo y saludándolo de lejos y confesando
> ser extranjeros y peregrinos en la tierra.
>
> -(He. 11:13)

> Yo les he trasmitido tu mensaje y el mundo los odia porque
> no le pertenecen, como tampoco yo. No te ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del Malo.
>
> -(Jn. 17:14-15)

Estos versículos aluden a un hecho: tensión. Es algo que no nos gusta mucho a los cristianos. En algunos círculos evangélicos es común escuchar que al aceptar a Cristo todos los problemas del creyente quedan resueltos. Con tal afirmación se quiere dar a entender que el camino de la fe hace posible vivir sin conflicto, sin tensión, pues nos facilita una vida buena y fácil. Sin embargo, una y otra vez la lectura del evangelio nos muestra una realidad distinta. Nos habla de la tensión constante en que viven los que deciden seguir a Jesús, del odio hacia nosotros, de la guerra que emprenden en contra nuestra, de que andamos y andamos pero nunca llegamos, saludamos de lejos lo prometido, y hasta confesamos ser extranjeros y peregrinos. La promesa evangélica afirma que vivir en fe es vivir en tensión, por la simple razón que vivimos en una realidad que no se ve. Los valores de esta realidad son muy diferentes de las "realidades" en las cuales vivimos. El evangelio confirma que los cristianos nos desenvolvemos en una contradicción constante, pues vivimos entre la realidad del mañana, la realidad de Jesucristo y su reino, y la organización de hoy. Pero también confirma que la fe ideal es la posibilidad de padecer y soportar esta contradicción sin fanatismos ni escapismos falsos, sino con apertura, confianza y esperanza.

Jesús, todos los apóstoles y muchos de los que formaron parte de la iglesia primitiva, experimentaron en su propia carne las consecuencias de vivir según una realidad que no se ve, pues se enfrentaron con la organización que les rodeaba y su realidad. El apóstol Pablo expresó este hecho de una forma muy tajante y clara, sobre todo es sus cartas a los Corintios:

> ...Continuamente damos prueba de que somos servidores de Dios con tanto como aguantamos: luchas, necesidades, angustias, golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, saber, paciencia y amabilidad, con dones del Espíritu y amor sincero, llevando el mensaje de la verdad y la fuerza de Dios. Con la derecha y con la izquierda empuñamos las armas de la honradez, a través de honra y afrenta, de mala y buena fama. Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos; los penados nunca ajusticiados, los afligidos siempre alegres, los pobres que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen.
>
> -(2 Cor. 6:3-10)

Pablo señala que la prueba de que son servidores de Dios es su sufrimiento. No obstante, en nuestra civilización moderna hemos llegado a concebir el dolor como algo intrínsecamente malo, incluso indeseable. Sin embargo, el hecho es que el dolor sirve como un sistema de advertencia, para preservar y no para destruir. Esta es una lección que todos aprendemos desde pequeños. Si metes tu dedo en el fuego, te duele de tal forma que lo retiras rápidamente. Aunque no es agradable, el dolor ha servido para enseñar y preservar. Sucede igual a nivel social, en nuestras relaciones de convivencia. Si algunos de nosotros sufren, si padecen hambre, violencia y dolor, debido a la forma de organizar nuestra vida en sociedad, su sufrimiento es una advertencia: hay algo que no está bien. Pero hay algo más: solamente los que padecen pueden sentir el dolor y el absurdo de ésta forma de organizar la sociedad. Sólo ellos son capaces de cuestionar los fundamentos de la organización. Los que se benefician del orden establecido, los que tienen su bienestar ligado a la perpetuación del mismo, no son capaces de sentir el sufrimiento que produce. Son como gente sin nervios. Por ello, Pablo puede afirmar:

> ... Fíjense a quienes los llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe para anular a lo que existe ...
>
> -(1 Cor. 1:26-28)

Los débiles, los necesitados, los que sufren, ellos son los que tienen la capacidad de ver la organización de este mundo como lo que es. Pablo está afirmado aquí que la capacidad de captar la visión de la verdadera realidad de Dios está en los débiles. La

visión de la verdad que no se ve nace del sufrimiento. La característica de la fe es la debilidad. "La fuerza de Dios se realiza en la debilidad", escribe Pablo a los Corintios:

> Por consiguiente, con muchísimo gusto presumiré, si acaso, de mis debilidades, porque así residirá en mi la fuerza del Mesías. Por eso estoy contento en las debilidades, ofensas y desventuras, persecuciones y angustias por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte.
>
> -(2 Cor. 12:10)

La metodología del realismo siempre obra desde una posición de poder y control, desde arriba hacia abajo, para perpetuar la organización sin que se puedan cuestionar ni cambiar los fundamentos de la misma.

Por el contrario, la metodología de la fe siempre obra desde una posición de debilidad y dependencia de Dios para construir la realidad que no se ve, para llamar a lo que no existe a que anule lo que existe. Esta fue la afirmación de Jesús: "Cada vez que dejaron de hacerlo con uno de estos más humildes, dejaron de hacerlo conmigo". Dios está allí donde se sufre: su realidad se manifiesta allí donde se halla el dolor. Por ello, la esperanza cristiana comparte esta misma calidad. Pablo nos dice:

> ... Estamos orgullosos también de las dificultades (sufrimientos), sabiendo que la dificultad produce firmeza; la firmeza calidad; la calidad esperanza; y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado.
>
> -(Ro. 5:3-5)
>
> Ahora bien, esperanza de lo que se ve ya no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve? En cambio, si esperamos algo que no vemos, necesitamos constancia para aguardar.
>
> -(Ro. 8:25)

La esperanza nace del sufrimiento: por lo tanto, su calidad es la debilidad. La esperanza produce constancia, entereza y firmeza

para seguir viviendo según una realidad que no se ve, y para hacer frente a la Organización que existe. Por eso se nos ha dado el Espíritu: "Cuando él venga, el Espíritu de la verdad, los irá guiando en la verdad toda, porque no hablará en su nombre, sino que comunicará lo que digan y les interpretará lo que vaya viniendo", dijo Jesús. Este es el papel del Espíritu: nos guía a la verdad, nos recuerda lo que el Señor dijo, nos enseña cómo vivir ahora según una realidad que no se ve, nos edifica y nos une para que podamos permanecer y seguir viviendo en un mundo que no detecta esta realidad. Esta es, como dice Pablo, la esperanza contra esperanza, el esperar cuando no hay esperanza. Es la locura de la fe cuya calidad es la debilidad. Esta fue la calidad de fe y esperanza de Abraham y todos los patriarcas. Salían sin saber a dónde iban. Vivían sus vidas como extranjeros y peregrinos. Saludaban de lejos lo prometido. Vivían según una promesa, según una realidad que no se veía. Esta fue la calidad de fe de los apóstoles y la iglesia primitiva. Unos locos por Cristo, pasando hambre, sed, frío, malos tratos; seguían firmes, reconociendo que la fuerza de Dios se realiza en la debilidad. Como dijo Pablo, no se "amoldaron" a este mundo. En palabras de Juan: "no amaron al mundo ni lo que hubo en el mundo".

Sobre todo, ésta fue la calidad de fe y vida de Jesús. Su calidad de fe resume todo lo que hemos venido estudiando en este libro. El Cordero, el débil, el Señor que sirve, el siervo que sufre, el que se despoja de su rango, el que depende de Dios, el que se pone del lado del pobre y del necesitado, el que toma la condición de esclavo, el que ama a sus enemigos, el que refleja el carácter de Dios y, por lo tanto, el crucificado: todo esto fue la calidad de vida y fe que Jesús nos demostró. Esto es lo que Dios pide a los suyos. Es así como manifestamos esta realidad que no se ve, pero que, al fin y al cabo, es la verdadera. Porque el Cordero es quien da sentido a la historia. El Cordero es el Señor de la historia. Esta calidad de fe y esperanza que Jesús nos demostró es la que tiene que marcar la calidad de nuestra ética, nuestra forma de vivir y nuestra forma de relacionarnos. Esta calidad es la única que se conforma a la intención de Dios para su creación, pues expresa el carácter de Dios mismo. Se trata de la única manera que está

acorde con la realidad verdadera de Jesucristo, Señor de la historia. Esta calidad nos lleva a enfrentarnos con la Organización de este mundo, nos lleva a amar a nuestros enemigos, a bendecir a los que nos persiguen, a decir "no" al aprendizaje bélico de guerrear y matar, a sufrir con los que sufren, a desprendernos de nuestro poder, a abrir nuestras manos a los necesitados y a depender de Dios.

Esta calidad nos lleva a intuir cuál es la verdadera paz de Dios y dar testimonio de ella. Y lo hacemos no porque la ley lo dice, no porque practiquemos el Sermón del Monte en una forma literal. Nuestra noviolencia no es dogmática, ni legalista ni estática. Lo hacemos porque hemos experimentado en nuestras propias vidas la profundidad del amor de Dios y queremos compartir y participar en la continuación de su obra reconciliadora en el mundo. Lo hacemos porque nos ha dado un ejemplo perfecto, que es el de Jesucristo y le queremos seguir como fieles discípulos. Porque deseamos, junto con Pablo, formar parte de esta compañía de locos por Cristo, de esta comunidad que vive bajo el Señorío del Cordero. Lo hacemos porque queremos vivir hoy según la realidad del mañana. Como dice la carta a los Hebreos:

> En consecuencia, rodeados como estamos por tal nube de testigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumador de la fe, Jesús; el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, y está sentado a la derecha del trono del Dios. Mediten, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no se cansen ni pierdan el ánimo.
>
> -(He. 12:1-3)

Notas

1. William Barclay: *Marcos* (El Nuevo Testamento Comentado, Vol. 3), Buenos Aires, La Aurora, 1974.
2. John H. Yoder: *Jesús y la realidad política*, Buenos Aires/Downers Grove, Certeza, 1985, pp. 174-175.
3. *Ibíd.*, pp. 170-171.
4. Clarence Jordan: *The Substance of Faith and Others Cotton Patch Sermons*, New York, Association Press, 1972.
5. John H. Yoder, *op. cit.*, pp. 175-176.
6. Gerhard von Rad: *Teología del Antiguo Testamento*, Vol. I, Salamanca, Sígueme, 1975, p. 452.
7. E. R. Achtemeier (colaborador): *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, New York, Abingdon Press, 1962, p. 80.
8. Gerhard von Rad: *Estudios sobre el Antiguo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1976, p. 214.
9. E. R. Achtemeier, *op. cit.*, p. 81.
10. André Trocmé: *Jesus and the Nonviolent Revolution*, Scottdale, PA, Herald Press, 1973, pp. 34-35. Hay traducción portuguesa: *Jesús Cristo e a revoluçao nao-violenta*, Petrópolis, Vozes, 1973.
11. José Grau: "El jubileo: máxima expresión de libertad y justicia", Barcelona, Grupos Bíblicos Universitarios de España, 1983, mimeo, p. 5.
12. Juan Driver: "The Jubilee Legislation of Moses and the Historical Political Situation of Jesus", en; *Quarterly Report of Church and Peace*, Vol. 2, No. 1, 1980, p. 17.
13. "The Return of Jubilee", en: *International Reformed Bulletin*, 16th year, Fall, 1973-1975, citado por José Grau, *op. cit.*, p. 6.
14. José Grau, *op. cit.*, p. 12.
15. El estudio de los escritos de Johan Galtung me ha ayudado a entender mejor esta idea, especialmente su ensayo: "Violencia, paz e investigación sobre la paz", véase su libro: *Sobre la Paz*, Barcelona, Fontamara, 1985, pp. 27-72.
16. Rubem Alves: *Hijos del mañana*, Salamanca, Sígueme, 1975, pp. 34-35.
17. André Trocmé, *op. cit.*, p. 52.
18. George Orwell: *1984*, Barcelona, Destino Libro, 1981, p. 278.
19. John H. Yoder: *Nevertheless*. Scottdale, PA, Herald Press, 1971, p. 125.

Bibliografía

Recomendamos a nuestros lectores los siguientes títulos relacionados con los temas de este libro:

-ARENS, Eduardo: *La violencia y el evangelio. ¿cuál fue la actitud de Jesús ante la violencia?*, Santiago, Paulinas, 1988.

-BAINTON, Roland H.: *Actitudes cristianas ante la guerra y la paz*, Madrid, Técnos, 1963.

-BRENEMAN, Mervin, ed.: *Liberación, Exodo y Biblia*, Miami, Caribe, 1975.

-BRUEGGEMANN, Walter: *La imaginación profética*, Santander, Sal Terrae, 1986.

-CANCLINI, Santiago: *Más allá de la violencia: las bienaventuranzas de Jesús y el cristianismo auténtico*, Buenos Aires, Junta Bautista de Publicaciones, 1974.

-CULLMANN, Oscar: *El Estado en el Nuevo Testamento*, Madrid, Taurus, 1966.

-CULLMANN, Oscar: *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*, Madrid, Stvdivm, 1973 (Barcelona, Herder, 1980[3]).

-DRIVER, Juan: *El pacifismo cristiano*, Buenos Aires, Methopress, 1970.

-DRIVER, Juan: *Comunidad y compromiso: estudios sobre la renovación de la iglesia*, Buenos Aires, Certeza, 1974 (Scottdale, PA, Herald Press, 1985[2] edición aumentada).

-DRIVER, Juan: *Militantes para un mundo nuevo*, Barcelona, Ediciones Evangélicas Europeas, 1978.

-DRIVER, Juan: *El evangelio: mensaje de paz*, Zaragoza, Mostaza, 1984 (Guatemala, Semilla, 1987[2]).

-ERB, J. Delbert: *Bienaventurados los pacificadores* (Lecciones bíblicas para grupos de estudio), Buenos Aires, Ed. del autor, 1986 (Tegucigalpa, Esperanza en Camino, 1987[2]).

-GALLARDO, José: *El concepto bíblico de justicia*, Scottdale, PA, Herald Press, 1986.

-GOSS-MAYR, Hildegard: *O home face á injustiça. Espiritualidade e práxis da libertaçao nao-violenta*, Sao Paulo, Paulinas, 1985.

-GOSS-MAYR, Jean y Hildegard: *Evangelio y lucha por la paz*, Salamanca, Sígueme, 1990.

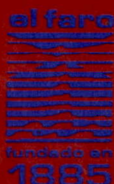
-HANKS, Thomas: *Opresión, pobreza y liberación: reflexiones bíblicas*, Miami, Caribe, 1982.
-HARDER, Helmut: *El camino bíblico hacia la paz*, Bogotá, Mencoldes/Akron, Comité Menonita Internacional de Paz, 1985.
-HENGEL, Martin: *Jesús y la violencia revolucionaria*, Salamanca, Sígueme, 1973.
-KEENEY, William: *La estrategia social de Jesús*, Barcelona, Ediciones Evangélicas Europeas, 1978.
-KIRK, Andrés: *Jesucristo revolucionario*, Buenos Aires, La Aurora, 1974.
-KLAASSEN, Walter: *La guerra justa: un resumen*, Guatemala, Semilla, 1992.
-LOHFINK, Gerhard: *La iglesia que Jesús quería*, Bilbao, Descleé de Brouwer, 1986.
-LOHFINK, Gerhard: *El sermón de la montaña ¿para quién?*, Barcelona, Herder, 1989.
-LOHFINK, Norbert: *A igreja do meus sonhos*, Sao Paulo, Paulinas, 1986.
-LOHFINK, Norbert: *Violencia y pacifismo en el Antiguo Testamento*, Bilbao, Descleé de Brouwer, 1990.
-PASTORAL DE CONSOLACION Y SOLIDARIDAD: *La paz: fruto de la justicia* (Cuadernos de Estudios Bíblicos), San José, Consejo Latinoamericano de Iglesias, s.a.
-POWELL, David: *Pacificadores en un mundo quebrantado*, Aibonito, Puerto Rico, Ed. del autor, 1976.
-RAMSEYER, Robert, ed.: *Misión y testimonio de paz*, Guatemala, Semilla, 1986.
-SIDER, Ronald: *Cristo y la violencia*, Bogotá, Centro Latinoamericano de Recursos Anabautistas, 1991.
-TROCME, André: *Jesus Cristo e a revoluçao nao-violenta*, Petrópolis, Vozes, 1973.
-WENGER, John Christian: *El camino de la paz*, Scottdale, PA, Herald Press, 1979.
-YODER, John H.: *Jesús y la realidad política*, Buenos Aires/Downers Grove, IL, Certeza, 1985.
-YODER, John H. y DRIVER, Juan: *Comunidad, no-violencia y liberación: perspectivas bíblicas* (Cuadernos de no-violencia, Nos. 5-6), México, Servicio Paz y Justicia, 1991.
-YODER, John H., GWYN, Douglas, ROOP, Eugene F. y HUNSINGER, George: *La irrupción del shalom. En el pueblo de Dios se ha iniciado la renovación del mundo*, México, Comité Central Menonita de México, Casa de los Amigos, Servicio Paz y Justicia, Centro Latinoamericano de Recursos Anabautistas, Ediciones Semilla, 1992.

Sobre el autor

Juan Pablo Lederach (1955), estadounidense, es miembro de la iglesia menonita (una de las tres iglesias históricas de paz, junto con los cuáqueros y la iglesia de los hermanos). Ha realizado estudios en el Bethel College en Kansas, y en la University of Colorado, especializandose en la regulación del conflicto social. A principios de los años 1980 realizó investigaciones de campo en Barcelona, España, sobre el área de su especialidad, además de participar en diversas comunidades eclesiales y grupos de actividad social. Fruto de este trabajo son sus libros: *Els anomenats pacifistes: la no-violéncia a l'Estat Espanyol* (Barcelona, Edicions de la Magrana 1982), en donde recoge la historia de los grupos pacifistas, antimilitaristas y no-violentos de España; *Educar para la paz* (Barcelona, Fontamara, 1984), una excelente propuesta alternativa frente a los desafíos del mundo contemporáneo; y el presente libro. Durante los últimos años ha impartido cursos y talleres en muchos países latinoamericanos, sobre la regulación pacífica de los conflictos, empleando un manual de su elaboración: *La regulación del conflicto social: un enfoque práctico* (Akron, Mennonite Central Committee, 1985). Además ha participado activamente en la mediación de conflictos a gran escala, a nivel nacional e internacional, en América Latina, Europa del Este y Africa. Su reciente libro: *Enredos, pleitos y problemas: una guía práctica para ayudar a resolver conflictos* (Guatemala, Semilla, 1992), en parte es el resultado de su reciente investigación de campo y experiencia docente en varios países de Latinoamérica. Actualmente trabaja para el Servicio de Conciliación Menonita y es profesor en el Eastern Mennonite College, en Virginia, Estados Unidos.

de 1993
.A. de C.V.
20
. de C.V.





"El Cordero, el débil, el Señor que sirve, el siervo que sufre, el que se despoja de su rango, el que depende de Dios, el que se pone del lado del pobre y del necesitado, el que toma la condición de esclavo, el que ama a sus enemigos, el que refleja el carácter de Dios y, por lo tanto, el crucificado: todo esto fue la calidad de vida y de fe que Jesús nos demostró. Esto es lo que Dios pide de los suyos. Es así como manifestamos esta realidad que no se ve, pero que, al fin y al cabo, es la verdadera. Porque el Cordero es quien da sentido a la historia. El Cordero es el Señor de la historia. Esta calidad de fe y esperanza que Jesús nos demostró es la que tiene que marcar la calidad de nuestra ética, nuestra forma de vivir y nuestra forma de relacionarnos. Esta calidad es la única que se conforma a la intención de Dios para su creación, pues expresa el carácter de Dios mismo. Se trata de la única manera que está acorde con la realidad verdadera de Jesucristo, Señor de la historia."

Este libro representa un verdadero desafío para todos los que han decidido seguir a Cristo. Pues ser discípulo de Jesús significa andar como él anduvo. Es decir, seguir a Aquel que nos ha puesto sus pisadas por camino para manifestar al mundo el reino de Dios, un reino donde el amor y la verdad, la justicia y la paz, tienen comunión plena (Salmo 85).



Editorial Kyrios



ISBN 968-7197-46-3